

**OBRAS  
ESCOGIDAS**

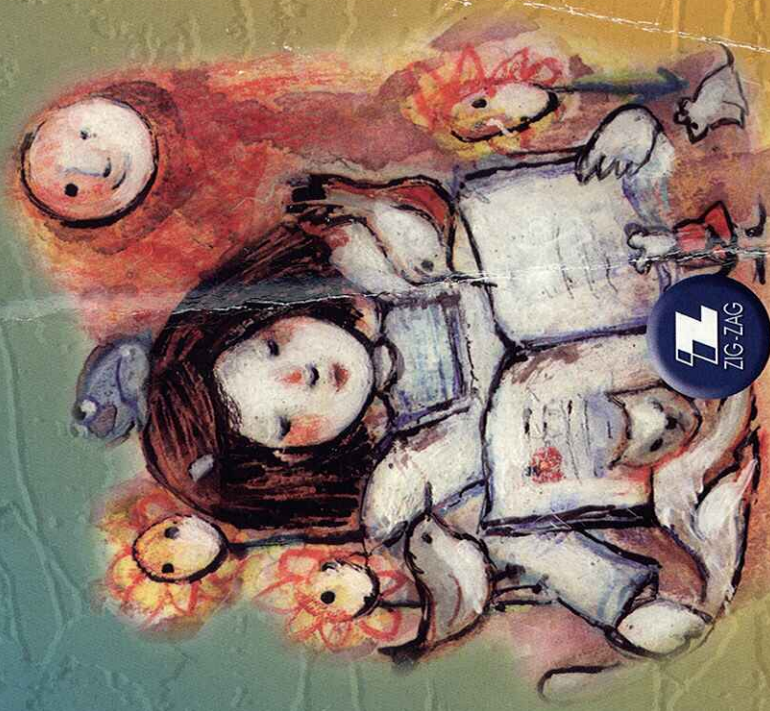
*Los diecinueve cuentos de este libro, sabvo dos, nos introducen en el mundo mágico de ratones, sapos, conejos, gatos, perros, conderos, lobos y otros animales. Pero nos encontramos ante seres que viven en un mundo real. Nada de palacios encantados ni varitas de virtud... Los ratones viven en la cuevas de las casas viejas, el conejito goloso roba a Mamá Coneja alguna golosina, el perro y el gato se pelean porque ninguno quiere cargar con las Señoras Pulgas... Como los humanos, rabian, odian, aman... En suma: se comportan tan bien o tan mal como las personas.*

Marta Brunet (1897-1967) nació en Chillán pero sus padres se trasladaron luego a Victoria, donde vivieron hasta 1911. Entre los 14 y los 17 años, Marta viaja por Europa y América. Desde muy pequeña, devora libros y escribe cuentos. En 1923 irrumpe con su *Montaña adentro*, saludada como una novela notable por la crítica. Luego se radica en Santiago, donde será redactora y luego directora de la revista *Familia*, de Zig-Zag. Después iniciará su vida diplomática (1939-1953), primero como cónsul y luego como agregada cultural en Buenos Aires y más tarde en Montevideo. En 1961 recibe el Premio Nacional de Literatura.

# Cuentos para Marisol

Marta Brunet

MARTA BRUNET  
Cuentos para Marisol



CÓDIGO 6703-2

ZIG-ZAG

# Cuentos para Marisol

---

Marta Brunet





# ÍNDICE

*Ilustraciones de*  
CARMEN CARDEMIL.

*Delfín de Color*

I.S.B.N.: 956-12-0962-4.  
34ª edición: marzo de 2009.

*Obras Escogidas*

I.S.B.N.: 956-12-1252-8.  
35ª edición: marzo de 2009.

© por Marta Brunet Carabantes.

Inscripción N° 32.019, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.  
Teléfono 8107400. Fax 8107455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley.

Antonio Escobar Williams 590, Cerrillos.  
Santiago de Chile.

## CUENTOS PARA MARISOL

Buscacamino	9
La flor del cobre	13
Gazapito quiere comer torta	19
Yo sí... Yo no....	25
Mamá Condorina y Mamá Suaves-Lanas	31
La terrible aventura de don Gato-Glotón	37

## LAS HISTORIAS DE MAMÁ TOLITA

Historia de Sapete que se enamoró del Sol	45
Historia de por qué la Lloica tiene el pecho colorado	49
Primera historia de Perros y Gatos	53
Segunda historia de Perros y Gatos	57
Tercera historia de Perros y Gatos	61
Historia de la señora Rata del pueblo de los Ratones	65
Una historia que pasó no más	71
Historia del Ratón que engañó a la Zorra	75
Historia con dos Gatas	79
Historia del Lobo cuando se enfermó	83
Historia de Sapos	87
Historia de los Albatros sabios	91
Historia de los amigos de Azulina	99

## EPÍLOGO

*Marta Brunet y sus obras*

CUENTOS PARA MARISOL





## BUSCACAMINO

**R**esulta que en una montaña del Sur vivía un señor Chunchu al cual los otros pájaros llamaban Buscacamino. No creas tú que lo llamaban así por sus grandes ojos, relucientes como esos focos que encienden por la noche los autos para encontrar la ruta extraviada. No. Le dieron ese sobrenombre a raíz de un gran servicio que les prestara. Pero antes debo advertirte que hasta ese momento nadie quería al señor Chunchu. Este no hacía otra cosa que augurar calamidades:

—Usted se va a enfermar... Ya le había dicho que chocaría contra ese árbol... Dése cuenta de que tiene el moquillo... Mañana vendrá el Peuco.

Con estas frases nada alegres, desde que anoche-

cía hasta el alba presagiaba desgracias. Y resultaba que nadie gustaba de su compañía en la montaña, como ya te dije y como era lógico.

Y aunque las señoras Cachañas son muy amigas de la sociedad y del comadreo y a los señores Pídenes les encantan los corrillos, no querían tampoco relacionarse con el señor Chunchu, y el pobre terminó por andar completamente solo; mejor dicho, que dominaba la montaña entera, quedándose allí melancólicamente, muy correcto en su chaqué, diciendo a toda voz sus vaticinios para tener siquiera en el amable Eco alguien que le respondiera.

Pero resulta que una vez, en una primavera muy fría y llena de heladas y de neblinas y de lluvias, en una de esas primaveras en que parece que el invierno no quiere irse, los pobres pájaros, aterridos por el Viento que bajaba furioso de la cordillera, vieron un día que la neblina se espesaba en tal forma que la poca luz que dejaban pasar las nubes vestidas de luto se iba perdiendo, y que a media tarde se formaba una noche llena de miedos y de sobresaltos, porque todos los pájaros andaban lejos de sus nidos, buscando algo que comer. Y piaban desesperadamente, llamándose unos a otros, buscando los papás a las mamás y ambos a sus hijitos.

Y como nadie encontraba a nadie, sólo se escuchaba en la montaña un solo piar lloroso.

Mientras tanto, el señor Chunchu había despertado, y después de dar varios bostezos, de estirar las alas y de rascarse un poco —como es de rigor al salir de un buen sueño—, puso atención a lo que los pájaros decían entre desolados sollozos:

—¡Periquito! ¡Periquito!

—¿Has visto a mi Tío Agustín?

—¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Aquí! ¡Aquí!

—¡Allí! ¡Allí!

Era para volverse loco.

Pero el señor Chunchu no se afligió con tanto grito ni con tanta confusión. Se puso las botas y el impermeable, y con su paso de grave notario salió de la casa, dejando la puerta bien cerrada para evitar robos. Guardó la llave en el bolsillo de atrás del pantalón y realizado ese gesto precautorio se fue de un vuelo hasta “el árbol de enfrente”, donde una señora Diuca lloraba a mares llamando a su marido.

Con los ojos bien abiertos y bien brillantes en la oscuridad, el señor Chunchu le fue alumbrando el camino una vez que averiguó dónde vivía. La dejó en su casa, arropada y tranquila, yéndose en



seguida a otro árbol, donde una señorita Cachaña gritaba como si la estuvieran matando, rodeada de sus hermanas, que ya no gritaban, porque se habían quedado roncás. Y las llevó a su casa, donde papá Choroy y mamá Cachaña estaban rezando una letanía para que San Cristóbal les trajera con bien a casa.

Y en esta forma, auxiliando a unos y a otros, el señor Chunchu logró poner orden en la montaña y que cada cual llegara sano y salvo a su domicilio. Tan atareado estaba, que olvidó sus anuncios de calamidades.

Desde entonces, los pájaros de la montaña tienen por el señor Chunchu un gran afecto y le llaman cariñosamente Buscacamino, y, aunque él siga presagiando los males, lo oyen con gran cortesía y hasta suelen contestarle con algún monosílabo. Claro es que en la mayoría de los casos están pensando en otra cosa, pero como el señor Chunchu no lo sabe, se considera el más feliz de los habitantes de la montaña.

Esta es la historia del señor Chunchu, a quien sus compañeros llaman Buscacamino.

## LA FLOR DEL COBRE

Resulta que una vez había un matrimonio que vivía en un campito, cerca de un pueblo en el Sur. Los dos eran viejos, reviejos. Y resulta que el marido era tan flojo que nunca había trabajado en cosa alguna, y en cuanto le hablaban de hacer algo, se quejaba a gritos de sus muchas enfermedades y se iba a la cama, diciendo que ya poco le iba faltando para entregar su ánima al Tatita Dios. Y resulta también que la pobre mujer, a pesar de sus años, tenía que seguir comiéndose para ella sola mantener el hogar.

Con la terrible pereza del marido, a quien llamaban don Quejumbre-No-Hace-Nada, el campito estaba hecho una maraña de zarzas y la casa se



caía a pesar de los puntales que le habían arrimado algunos vecinos misericordiosos. Pero esto no era impedimento para que don Quejumbre--No--Hace--Nada siguiera durmiendo o lamentándose de sus males. Y resulta que un día estaba doña María Soplillo --que así se llamaba la mujer-- zurciendo los pantalones de don Quejumbre--No--Hace--Nada, cuando sintió que éste llegaba muy contento del pueblo, donde había ido en busca de remedios para las muelas.

Apenas la divisó le dijo:

—Figúrese la suerte, vieja...

—Usted dirá. Aunque sería mejor que diera antes las güenas tardes...

—Güenas tardes. Pero no interrumpa. Figúrese la suerte... A la primera güelta del camino me le encontré con una señora muy encachá, que me preduntó pa'ónde iba. Yo le contesté que p'al pueblo a mercar medicinas p'al dolor de muelas. Entonces ella me ice qu'es meica y que me puede dar un remedio no sólo pa las muelas, sino que es pa toítitos los males conocíos. Y voy entonces yo y le predunto: "¿Y qué remedio es ése, Misiá?" Y ella al tiro me contesta: "Es la flor del Cobre". "No la conozco, ni nunca la había oído mentar", le respondí. Y ella va y me ice: "Aquí tiene la

semilla, váyase pa su campito y la siembra, y en cuanto florezca verá cómo se alivia de sus muchos achaques".

—¿Y qué le dio, viejo?

—Esta bolsita con semillas. Mire. Al tiro las voy a sembrar.

Entonces doña María Soplillo se puso en pie, muy contenta al ver a su marido tan dispuesto y alegre. Y le preguntó:

—¿Dónde las va sembrar?

—Aquí no más, en la huerta. Pero la Misiá me'ijo también que tenía que sembrarlas toas y en tierra limpia y bien barbechá. Por suerte que no son muchas las semillas.

Y don Quejumbre--No--Hace--Nada se fue en busca de la pala, el azadón y el rastrillo, que estaban por ahí, en un cuarto, todos llenos de telarañas y moho.

Por la tarde se pasó arreglando un retazo de tierra, sacando maleza, arrancando raíces, arando y rastreando. Cuando llegó la puesta del sol estaba el retazo de huerta convertido en una lindeza de barbecho. Y don Quejumbre--No--Hace--Nada se fue a acostar completamente rendido, dispuesto a levantarse al alba para sembrar las semillas de la planta del cobre, cuya flor habría de mejorarle la salud.

Pero resulta que a la mañana siguiente, cuando

comenzó a esparcir la semilla —que estaba en una bolsita de cuero no más grande que una mano cerrada— ésta no terminaba nunca, y, aunque don Quejumbre-No-Hace-Nada lanzaba grandes puñaldos al surco, el contenido de la bolsa no menguaba. ¡Y ya no había dónde sembrar más!

—¿Qué haré? —le preguntó a doña María Soplillo.

—Usted sabrá —dijo la mujer modosamente—. Pero, según ijo usted ayer, la Misiá le recomendó que sembrara toilitas las semillas.

—Así no más jue —dijo el viejo.

Y se puso a preparar otra porción de tierra más grande que la que barbechara la víspera.

Pero al día siguiente pasó exactamente lo mismo: la semilla no llevaba trazas de disminuir. Al gran holgazán de don Quejumbre-No-Hace-Nada le dieron ganas de no seguir en la empresa; pero justamente en ese momento le dieron unas fuertes punzadas en las muelas, tan fuertes como no las había sentido nunca. Y esto lo hizo decidirse a barbechar un pedazo del potrerillo, en vista de que la huerta ya estaba toda sembrada y que las semillas parecía que no se hubieran empleado nunca.

Y al cabo de diez días de trabajos y rezongos y de decir que no daba una palada más, y de volver a dolerle las muelas y de volver entonces a trabajar,

don Quejumbre-No-Hace-Nada se encontró de repente con todo su campito limpio, barbechado y sembrado, y que empezaban a brotar unas hojitas verdes, y que había que regarlas, cuidando de que en los camellones no fuera a salir de nuevo maleza, y que había además que vigilar los caracoles y los gorriones, y que, por lo tanto, había que seguir levantándose al alba y trabajando el día entero.

Y resulta que a don Quejumbre-No-Hace-Nada se le había olvidado quejarse y ni una mala lipiria le daba. Y resulta también que cuanto más crecían las plantas de la Flor del Cobre más parecían matas de maíz y al fin don Quejumbre-No-Hace-Nada tuvo que convencerse de que no había tal Flor del Cobre, sino unos choclos lindos, que empezaron a comer hechos ricos humitas por mano de doña María Soplillo, cuando no eran cocidos y en unos pasteles con pino y todo. Y como los choclos cada vez cundían más, resolvieron cosecharlos y venderlos en el pueblo. Pero eran tantos, tantos, que dejaron una parte de la casa para hacer chuchoca y otro poco para darles a las aves, y el resto, en la carreta del compadre Juan Pablo Retamales, que se la prestara, lo llevaron al mercado, sacando por él un buen precio.

Entonces compraron ropa para el invierno, una olleta grande, una vaca y un burro, tres gallinas, un



gallo y dos conejitos blancos con manchas rubias y ojos negros. Y una pala y un arado y un rastrillo. Y muchas cosas para comer.

Y aunque hicieron tanta compra, aún le quedaba a don Quejumbre-No-Hace-Nada plata amarrada en una punta del pañuelo de yerbas al volver a su campito.

Entonces le dijo a doña María Soplillo:

—Aquella Misiá que me dio la semilla, güen dar que me pitó...

—Si no hubiera sío por ella, a estas horas seguiría siendo pobre y enfermo, güeno pa' na. No sea malagradeció —contestó la vieja.

—¡Cierito no más es!

—Con razón le ijo la Misiá que se le quitarían toítos los males. Hace tiempo que no lo oigo quejarse e na. Y la Flor del Cobre sus güenos cobres y chauchas y pesotes que le ha dao...

—¿Y quién sería la Misiá?

—Pa' mí qu'era la mesma Mamita Virgen de los Cielos...

—Hasta que al fin di con quién era...

—Entonces le vamos a dar al tiro las gracias y le vamos a rezar un avemaría con harta devoción.

*Y ésta es la historia de La Flor del Cobre, que volvió diligente y sano a un hombre.*

### GAZAPITO QUIERE COMER TORTA

**R**esulta que una vez había un conejito blanco llamado Gazapito. Y resulta que era muy goloso y siempre estaba robándole a su mamá, Largas Orejas, zanahorias y betarragas, que para los gazapos es algo tan exquisito como los chocolates y los caramelos para los Niñitos-del-Hombre. Y aparte de los castigos que mamá Largas Orejas le imponía al descubrir sus merodeos por la despensa, sufría Gazapito unos tremendos dolores de estómago, tan tremendos que a veces requerían la intervención de doña Rata-Sabia-Yerbatera.

Y como a pesar de los castigos y de los dolores no escarmentaba, pues resultó que al fin enfermó gravemente y hubo que ponerlo a régimen estricto de yuyitos tiernos y agüita de boldo.



Bueno.

Resulta que una tarde estaba muy triste Gazapito pensando en lo amarga que era la existencia sin un poquito de zanahoria o de betarraga que la endulzara, y dando suspiros y más suspiros se quedó medio dormido debajo de una gran col, en la huerta de don Pedro Pérez, que lindaba con el bosque. Y a poco despabilóse muy asustado, oyendo cercanas voces de niños:

Una de las voces decía:

—¡Qué torta más rica! Es de pura almendra... Y tiene huevo mol...

Gazapito sabía que las tortas eran dulces, condimentadas con azúcar, que, según doña Rata del Campo, era lo más delicioso en la despensa del Señor-Hombre. Y al pobre goloso de Gazapito se le hacía la boca agua al ver que los niños de don Pedro Pérez daban grandes mascaradas a unas tortas redondas y blancas. Pobre Gazapito, al oír hablar de comida y de dulce, había separado un poco las hojas de la col y asomaba un ojo, curioso de mirarlo todo.

Entonces a Gazapito le dio verdadero antojo por comer torta redonda y blanca, con almendra y huevo mol.

Y tan preocupado se quedó, que esa noche no

pudo dormir, y en su inquietud daba vueltas y más vueltas en su cama de suave musgo, y al fin, pasito, salió de la cueva en que vivía con mamá Largas Orejas y sus hermanos Gazapillo y Gazapeta. En cuanto a papá Ojo Colorado, había muerto en un accidente de caza.

*(No había que hablar de esto delante de mamá Largas Orejas, porque le daban ataques de pena y agitaba las manitas desesperadamente, lo mismo que si tocara el tambor).*

Resulta que Gazapito se internó esa noche en el bosque, moviendo las orejas a cada ruido que le traía el Viento, arriscando la naricilla, desazonado por cada olor desconocido, representándose en cada cosa aquella torta blanca y redonda con almendra y huevo mol...

Y en esto..., ¡oh!... sorpresa, Gazapito vio ante sus ojos, en el fondo de un hoyo al cual se asomara por casualidad, pues nada menos que una torta blanca y redonda, que tenía que ser de almendra con huevo mol y todo.

Y dando un brinco: ¡Zas! ¡Brrr!

Gazapito cayó al fondo del hoyo, justamente sobre la torta redonda y blanca.

Y resulta que, como el hoyo era mucho más profundo de lo que imaginara, ese ¡Brrr! que tú

ves, lo dio Gazapito de susto. Pero lo lamentable fue que al hacer ¡Zas!, se percató de que con la impresión le había pasado una cosa terrible, que no se puede contar, pero que lo obligaba a levantarse en la punta de sus patitas para no mojar la bata de piel blanca que llevaba puesta.

Y todo acongojado, sin acordarse más de la torta, ni de las almendras, ni del huevo mol, se echó a llorar a toda boca, como un conejito chiquitito que era. Además, el hoyo estaba muy oscuro y el miedo aumentaba sus sollozos.

Andaba por allí, volando, en el bosque y cerca del hoyo, una mariposa llamada Falena, que al oír a Gazapito preguntó asomándose al boquerón negro:

—¿Quién llora?

—Yo. Gazapito, que me caí por casualidad..., de puro distraído...

—No es verdad —dijo misiá Rana Vieja, que todo lo sabía y era muy chismosa—; se cayó porque el tonto quería comer torta... La torta que vio en el fondo del hoyo...

—¡Cállese la acusete! —dijo el señor Grillo, que no porque hablara dejó de darle cuerda a su reloj.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —decía entretanto Gazapito.

—Voy a avisarle a tu mamá. ¿Dónde vives?

—preguntó Falena.

—No, no. No hay que decirle nada a mamá, que me castigará por haber salido sin su permiso —contestó entre sollozos Gazapito.

—Avísele, avísele —gritó misiá Rana Vieja—, para que le den su merecido por meterse en casa ajena. Para que le den sus buenos coscorriones...

—No, por favor, no le digan nada... Pero sáquenme de aquí... ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Entonces Falena —que es muy buena, a pesar de cierto atolondramiento que se le reconoce— fue a avisar a las señoritas Luciérnagas para que vinieran a iluminar el hoyo y pudiera Gazapito salir fácilmente. Estas señoritas Luciérnagas son bailarinas de oficio, y están siempre dando representaciones nocturnas al aire libre, vestidas con coseletes de azabache y luciendo sus lindos ojos de luz celeste. Y como también son muy serviciales, vinieron en seguida e iluminaron el hoyo formando guirnaldas y ruedas y estrellas de cinco puntas, todo ello con esos ojos lindos de luz celeste que ya te dije que ellas tienen.

Le dio entonces a Gazapito una vergüenza enorme, ya que todas se iban a enterar de lo que le había pasado y que tú sabes, eso que lo obligaba a ponerse de puntillas para no mojar la bata de piel blanca. Pues bien: resulta que al ver con claridad



lo que había en el hoyo, se dio cuenta Gazapito de que era aquello una poza, vivienda de misiá Rana Vieja, y de ahí sus protestas. Y que lo que creyera una torta no era otra cosa que la señora Luna Llena reflejada en el agua, y que esta agua en que se empinaba no era eso terrible que él creyó que le había pasado con el susto al caerse...

Ya con más bríos y sin ninguna vergüenza, Gazapito se dispuso a salir del hoyo, pero no alcanzaba a saltar hasta afuera. Entonces pasó una cosa maravillosa, que te sorprenderá: pues nada menos que las raíces de un gran Sauce Llorón que por allí asomaban, se fueron moviendo lentamente hasta tomarse de la mano unas con otras, formando una escalera por donde ágil y retozón subió Gazapito.

Y resulta que al poner éste pie afuera, Falena se posó en su mejilla, con la intención tal vez de darle un beso, pero el caso fue que Gazapito sintió un cosquilleo en la nariz, dando un estornudo formidable:

—¡Achís!

Y entonces despertó lleno de sobresalto —con la noche encima y una gran Estrella dorada mirándolo atentamente—, debajo de la col donde se había dormido. ¡Porque todo esto no había sido otra cosa que un sueño!

### Yo sí... Yo no...

**R**esulta que hace miles de años vivía un matrimonio de Sapos que se querían mucho, y que lo pasaban muy bien a orillas de una charca. La casa en que vivían era de dos pisos, con terraza y todo, y en el verano salían de excursión en una barca hecha con un pedacito de pellín y una vela que les tejiera una Araña amiga. Se mostraban muy elegantes con sus trajes de seda verde y sus plastrones blancos. Y no eran nada de feos, con sus grandes bocas y sus ojos de chaquira negra.

Por la única cosa que a veces peleaban era por que al señor Sapo le gustaba quedarse conversando con sus amigos de la ciudad Anfibia y llegaba tarde a almorzar y entonces la señora Sapa se enojaba



mucho y discutían mucho más aún, y a veces las cosas llegaban a un punto muy desagradable.

Y resulta que un día llegó el señor Sapo con las manos metidas en los bolsillos del chaleco, canturreando una canción de moda, muy contento. Y resulta también que ya habían dado las tres de la tarde. ¡En verdad que no era hora para llegar a almorzar! Como nadie saliera a recibirlo, el señor Sapo dijo, llamando:

—Sapita Cua-Cua... Sapita Cua-Cua...

Pero la señora Sapa no apareció. Volvió a llamarla y volvió a obtener el silencio por respuesta. La buscó en el comedor, en el salón, en la cocina, en el repostero, en el escritorio, en la piscina, hasta se asomó a la terraza para otear los alrededores. Pero por ninguna parte hallaba a su mujercita vestida de verde.

De repente, el señor Sapo vio en una mesa del salón un papel que decía:

ALMORCÉ Y SALÍ. NO ME ESPERES  
EN TODA LA TARDE.

Al señor Sapo le pareció pésima la noticia, ya que no tendría quién le sirviera el almuerzo. Se fue entonces a la cocina, pero vio que todas las ollas estaban vacías, limpias y colgando de sus respecti-

vos soportes. Se fue al repostero y encontró todos los cajones y armarios cerrados con llave.

El señor Sapo comprendió que todo aquello lo había hecho la señora Sapa para darle una lección. Y sin mayores aspavientos se fue donde la señora Rana, que tenía un despacho cerca del sauce de la esquina, a comprarle un pedazo de arrollado y unos pequeños para matar el hambre.

Pero como este señor Sapo era muy porfiado y no entendía lecciones, en vez de llegar esa noche a comer a las nueve, como era lo habitual, llegó nada menos que pasadas las diez.

La señora Sapa estaba tejiendo en el salón, y, sin saludarlo siquiera, le dijo de mal modo:

—No hay comida.

—Tengo hambre —contestó el señor Sapo con igual mal humor.

—Yo no.

—Yo sí.

Y como si uno era porfiado, el otro lo era más, y ninguno de ellos quería dejar con la última palabra al otro, pues a medianoche todavía estaban repitiendo:

—Yo no.

—Yo sí.

Y cuando apareció el sol sobre la cordillera, el

matrimonio seguía empecinado en sus frases:

-Yo sí.

-Yo no.

Y resulta que esto pasaba poco tiempo después del Diluvio, cuando Noé recién había sacado los animales del Arca. Y resulta también que ese día Noé había salido muy temprano para ir a darles un vistazo a sus viñedos, y al pasar cerca de la charca oyó la discusión y movió la cabeza desaprobatoriamente, porque no le gustaba que los animales del Buen Dios se pelearan. Y cuando por la tarde pasó de nuevo, de regreso a su casa, llegaron a sus oídos las mismas palabras:

-Yo sí.

-Yo no.

Le dio su poco de fastidio a Noé, y, acercándose a la puerta de la casa de los Sapos, les dijo:

-¿Quieren hacer el favor de callarse?

Pero los señores Sapos, sin oírlo, siguieron diciendo obstinadamente:

-Yo sí.

-Yo no.

Entonces a Noé le dio fastidio de veras y gritó enojado:

-¿Se quieren callar los bochincheros?

Y San Pedro -que estaba asomado a una de





las ventanas del cielo, tomando el fresco— le dijo a Noé, enojado a su vez porque hasta allá arriba llegaban las voces de los porfiados discutidores:

—Los vamos a castigar, y desde ahora, cuando quieran hablar, sólo podrán decir esas dos palabras estúpidas.

Y sabes ahora, Mari-Sol de mi alma, por qué todos los Sapos de todas las charcas del mundo dicen a toda hora y a propósito de toda cosa:

—*Yo sí.*

—*Yo no.*

MAMÁ CONDORINA Y  
MAMÁ SUAVES—LANAS

Resulta que una vez el señor Cóndor andaba buscando algo que llevarle de almuerzo a su familia, que vivía en un alto risco cordillerano. Con las alas abiertas moviéndose apenas, se mantenía como suspendido en el aire, tan alto que desde la tierra era invisible. Su ojo de mirada prodigiosa vigilaba desde esa distancia un rebaño de Corderos triscando por el valle, con el Pastor cerca y el Perro dando vueltas desconfiadas alrededor.

Pero resulta que era ya la hora sin sombra del mediodía y el Pastor sacó de sus alforjas el pan y el charqui majado que eran su almuerzo, y el Perro vino a sentarse a su lado muy discretamente, como esos niños buenos que esperan sin alboroto que la

mamá les sirva su ración. Y entonces los Corderos aprovecharon para jugar entre ellos, dándose topadas, haciendo corvetas y lanzando balidos de contento. Y resulta que entonces el señor Cóndor —que estaba arriba esperando el momento de atacar— se dejó caer como una piedra a plomo sobre mamá Suaves-Lanas. Y con ella entre las garras se elevó vertiginosamente hasta gran altura.

Y es claro que el Pastor y el Perro se pusieron en tren de defender el rebaño. El primero tomó su honda y empezó a lanzar piedras al que huía. El otro ladraba con frenesí, mordiendo entre ladrado y ladrado las patitas traseras del rebaño espantado y disperso, hasta lograr reunirlos y tranquilizarlos.

Pero si el Perro al fin logró éxito, el Pastor sólo daba pedradas en el aire.

Mientras tanto, el señor Cóndor iba acercándose a su casa. Quedaba ésta en el saliente de un risco, así es que tenía una preciosa terraza donde lo esperaban mamá Condorina y sus tres polluelos: Condorito, Condoriluo y Condorica.

Y como todos estaban con grande apetito, apenas divisaron al señor Cóndor con su presa, para demostrar su contento empezaron una danza guerrera algo parecida al baile del pavo.

Lleno de majestad, el señor Cóndor hizo un

vuelo planeado y aterrizó en su aeródromo particular, depositando a los pies de su señora la caza para el almuerzo.

La pobrecita Suaves-Lanas venía medio muerta de miedo y llena además de dolorosas heridas, porque las garras duras del señor Cóndor se le clavaron en las carnes. Pero ¿qué era todo eso comparado con su espanto al verse cerca de la muerte y pensar que su hijito Copito-de-Nieve quedaba abandonado en la tierra, sin mamá que lo cuidara y le diera de comer? Los ojos redondos de mamá Suaves-Lanas se llenaron de lágrimas, pensando en el destino de su pobre hijito huachito...

Mamá Condorina dijo entonces:

—¡Buenos días, señor Cóndor! ¡Qué rica cazuela vamos a comer hoy!

—¡Con chuchoca, mamá, la queremos con chuchoca!... —exclamaron los tres polluelos a la vez.

Entonces mamá Suaves-Lanas dijo con voz temblorosa, dirigiéndose a mamá Condorina:

—Sus hijos tendrán hoy almuerzo; en cambio, el mío, que está en la tierra, no hallará quién le busque su ración de pastito tierno, ni quién le dé sus sopitas de leche... ¡Pobrecito mío, muerto de abandono y de hambre!

Mamá Condorina se puso muy pálida y después



muy colorada. Miró para un lado. Miró para otro. Mamá Suaves-Lanas continuó a la par que lloraba grandes lagrimones:

—Un solo favor le pido antes que me maten: que cuando el señor Cóndor vuele del lado del valle, le diga a mi comadre Chincola que, por favor, de vez en cuando vaya a darle un vistazo a mi hijito y que le cante esa canción que a mi Copito-de-Nieve tanto le gusta. ¿Lo hará usted, mamá Condorina?

Mamá Condorina seguía mirando para uno y otro lado y los tres polluelos empezaban a hacer pucheros, tentados de seguir el ejemplo de mamá Suaves-Lanas, echándose a llorar con ella.

—No tengo nada de hambre, mamita —dijo Condorito.

—Yo voy a comer piñones, que son tan ricos —aseguró Condorillo.

—Y yo voy contigo... —agregó Condorica.

—Tenga usted lástima de esta mamita que quiere mucho a su hijito, tanto como usted a los suyos —y mamá Suaves-Lanas dio una mirada a mamá Condorina, capaz de ablandar una roca.

Pero en esto mamá Condorina dejó de mirar de soslayo, y, sin esperar consultarse con su marido, dijo a mamá Suaves-Lanas:

—Voy a llamar al señor Cóndor para que vaya

a dejarla a su casa. No es posible que su hijito se quede sin mamita que lo cuide...

Y como era bastante mandona, se puso a llamar a grandes voces al señor Cóndor, que estaba descansando de su largo viaje matinal.

—Ya le he dicho que no traiga mamitas para la comida. ¡Hay muchas otras cosas con que alimentarse! Fíjese bien en lo que hace... Y vaya inmediatamente a dejar a su casa a mamá Suaves-Lanas, que su hijito debe estar llorando sin consuelo... ¡Váyase ligero, le digo!...

Al señor Cóndor le pareció pésimo el mandado, ya que tenía que hacer otro viaje, exponerse a las piedras del Pastor, buscar otra presa y volver a casa sabe Dios a qué hora, para almorzar a las tantas...

Pero ya te dije que mamá Condorina era muy mandona, así es que el señor Cóndor preparó en un instante su equipo volador; abrió las alas, tomó su carga, dio la partida y se lanzó a los aires, buscando el rebaño donde debería dejar su fardo.

Todo pasó tan rápidamente, que mamá Suaves-Lanas ni siquiera alcanzó a darle las gracias a mamá Condorina, ni a decirles algo cariñoso a los polluelos.

Como piedra a plomo, igual que antes, bajaba el señor Cóndor hasta acercarse al rebaño. Dejó la

oveja dulcemente en el suelo y de nuevo se elevó, desapareciendo en lo alto. Y resulta que todo esto sucedió en el espacio de un segundo. El Pastor sólo alcanzó a lanzar una piedra, que silbó inútilmente su furia, y el Perro no alcanzó tan siquiera a dar un ladrido.

El Pastor y el Perro se dieron cuenta, entonces, de que el señor Cóndor devolvía a mamá Suaves-Lanas. Al Pastor se le abrió tamaño boca de asombro, y en cuanto al Perro, con la impresión pasó dos días sin poder menear el rabo.

Y resulta que todo el rebaño vino a saludar a mamá Suaves-Lanas y la rodeaban y le daban topetoncitos llenos de afecto y balaban con gran contento, porque ya todos la daban por muerta, y verla allí, viva, les parecía cosa de milagro. Y ella les contaba lo que había pasado en casa de mamá Condorina, y todos movían la cabeza en señal de maravilla, porque lo que iba diciendo era verdaderamente prodigioso.

Y el más contento era Copito-de-Nieve, que había llorado mucho buscando a su mamita, y que, luego del momento de alborozo al hallarla, se puso a tomar su papa bien apurado.

## LA TERRIBLE AVENTURA DE DON GATO-GLOTÓN

**R**esulta que una vez había un señor don Gato-Glotón, negro y reluciente, con ojos de lentejuelas y grandes bigotes de paco de otros tiempos. Y por eso le llamaban Paquito. Pero tú y yo le llamaremos don Gato-Glotón. ¡Hay que ver lo que comía el animalito! Sopitas de leche. Pan con mantequilla. Filetitos de ternera. Pechuguitas de pollo. Alas de perdiz... Siempre andaba gazuzo, y con los años el apetito le iba en aumento, a la par que se le refinaba.

Porque este don Gato-Glotón, en sus años mozos, comía buenamente lo que se le ponía delante, sin refunfuños ni desdenes. Pero al correr del tiempo fue tornándose mañoso y sólo aceptaba lo



mejorcito que se guisaba en la casa. Claro que mucha culpa de estos dengues tenía doña Tato, o sea, la cocinera, que era la dueña de don Gato-Glotón y su consentidora.

Resulta también que en aquella casa habitaba un Gato-Sin-Nombre, esmirriado y hambriento, sin otro dominio que las bodegas ni otro alimento que las ratas. Cada vez que hacía una aparición por la cocina, doña Tato le enviaba un escobazo sobre el lomo, y don Gato-Glotón, el más fiero de sus bufidos.

Pero como bien dice el refrán: "más sabe un hambriento que cien letrados", el pobre Gato-Sin-Nombre, a fuerza de meditar en la injusticia de los humanos -y también de los gatos-, inventó una treta para vengarse de los desdenes y amenazas de don Gato-Glotón y de los escobazos de doña Tato.

En aquella casa había un gran parque, y en la galería que abría sobre sus prados, en una alta mesa con bandeja y aro, el Papagayo-Tornasol daba vueltas majestuosas diciendo todas las palabras de su gran repertorio. Sabía versos. Sabía el *Cielito lindo*. Y hasta sabía refranes. Y unas palabras feas, muy feas, que no se sabía quién le había enseñado.

Y resulta que una vez el Gato-Sin-Nombre se

encontró en el tejado con don Gato-Glotón, que andaba por allí de paseo. Y desde lejos dijo muy suavemente, casi sin dirigirse a él, como si hablara para sí mismo:

-*¡Qué bella piel tiene Paquito! (Recordarás que sólo para nosotras dos se llamaba don Gato-Glotón).*

Y prosiguió diciendo, como si siempre hablara solo:

-*Es el más hermoso gato que mis ojos han visto. Bien se conoce que sólo se alimenta de aves. Era de creer que le habían dado papagayos, que son el alimento que produce mayor belleza.*

Claro que don Gato-Glotón estaba muy atento a lo que el Gato-Sin-Nombre decía y, como era un gran vanidoso, le pareció muy bien el elogio que aquellas palabras encerraban. El otro siguió diciendo:

-*Bien que hace doña Tato en alimentarlo con papagayos tornasoles... ¡Qué piel!... ¡Qué seda!... ¡Qué terciopelo!... ¡No es milagro que se vaya a casar con la gata morisca que anda por los tejados!...*

En este momento don Gato-Glotón, como si no hubiera oído nada, siguió andando, porque, justamente, las palabras del Gato-Sin-Nombre le recordaron que su novia lo esperaba.

Pero su vanidad y su glotonería hicieron el efecto que el muy ladino del Gato-Sin-Nombre aguardaba.

Al día siguiente, don Gato-Glotón se mostró completamente displicente con cuanta golosina le presentaran, para gran desesperación de doña Tato. Y por la tarde se fue a colocar cerca de la alta mesa con bandeja y aro en que el Papagayo-Tornasol daba sus vueltas y más vueltas. Y don Gato-Glotón, por más que miraba en todas direcciones, no atinaba a averiguar quién hablaba por esos lados.

Y sin saber cómo pasó el accidente. Don Gato-Glotón dio un salto y agarró al Papagayo-Tornasol de las plumas del cuello, saliendo con él a la rastra como una flecha, parque adentro. El Papagayo-Tornasol se asustó tremendamente al principio, pero después recobró el habla y empezó a dar los más terribles chillidos, diciendo en tropel todas sus palabras, que ya sabes que eran muchas y algunas muy feas, de esas que no se deben decir.

Y resulta que don Gato-Glotón casi se murió de susto cuando sintió que el Papagayo-Tornasol hablaba, porque él creía que eso sólo lo podían hacer los Señores-Hombres. Y fue tal su espanto que soltó su presa y se quedó mirándola, erizados todos sus pelos, que eran su orgullo, muy abiertos

y redondos los ojos.

Y aquí cambió la escena, porque el Papagayo-Tornasol, enfurecido, se le fue encima y de cada picotazo que le daba eran mechones de pelo que le iba quitando. Esto, entreverado con palabras y palabrotas.

¡Para qué te digo cómo maullaba don Gato-Glotón!...

Hasta que llegó doña Tato y con su escoba, que tan bien manejaba, pudo separarlos y librar a don Gato-Glotón del más extraordinario de los peluqueros.

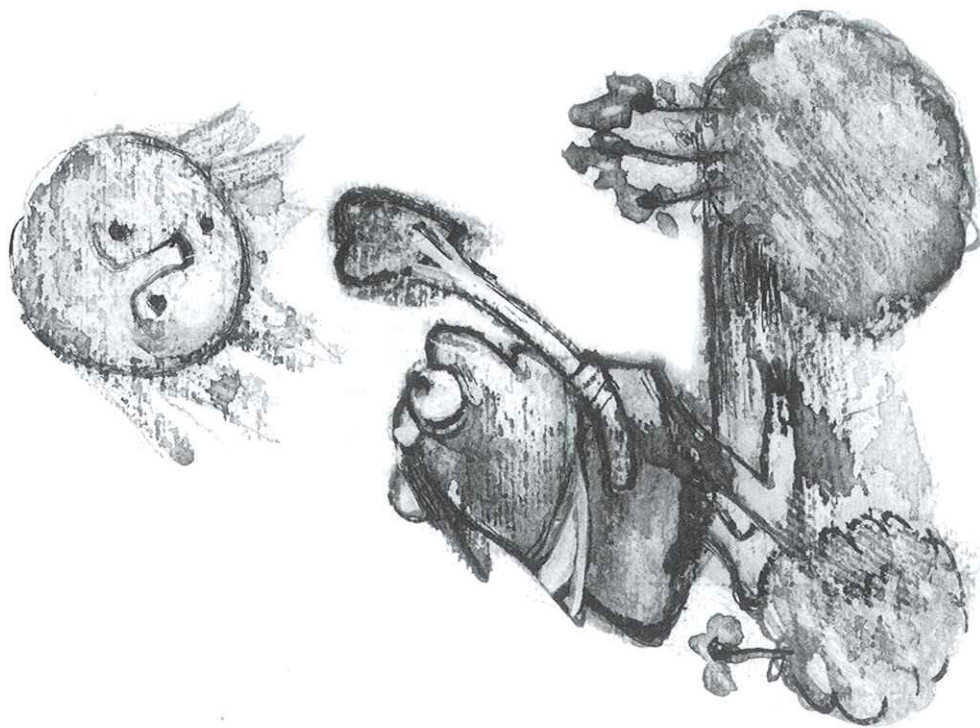
Y mientras esto pasaba, el Gato-Sin-Nombre se reía silenciosamente de su pequeña venganza.



LAS HISTORIAS  
DE MAMÁ TOLITA

## HISTORIA DE SAPETE QUE SE ENAMORÓ DEL SOL

**R**esulta que una vez había una familia de Sapos muy feítos, muy negruicios y muy saltones, que vivían en el fondo de un pozo hondo y oscuro. Y resulta que en esta familia había un Sapo muy joven que se llamaba Sapete y que se pasaba la vida mirando para arriba, para la boca del pozo, allí donde el cielo ponía una moneda de plata azul o de oro rubio, o por donde echaba la lluvia sus largos hilos de agua o por donde se mostraban los clavos refulgentes con que la noche sujeta su toldo. Y Sapete, cuando bajaba el balde en busca de agua, tenía unas grandes tentaciones de echarse en él de cabeza, para que lo subieran a conocer todo eso que





había arriba y que según decían era el mundo.

Pero una vez que expresó este deseo delante de su familia, le dijeron que no pensara más en tal cosa, porque allí estaban los Señores-Hombres, que matan de un escobazo o de un pisotón a los Sapitos negruicos, y estaban también las aves que hallaban muy sabroso comerlos.

En verdad —según la familia sabihonda—, en la tierra sólo calamidades esperaban a los Sapos.

Pero a Sapete estas pavorosas perspectivas no le hicieron gran mella. Y un buen día, cuando el balde se llenaba de agua, dio un saltito y se dejó caer en él. Empezó el balde a subir y un gran gozo fue inundando a Sapete, y luego una claridad lo deslumbró, y cuando llegó arriba y unas manos tomaron el balde para volcar su contenido en un jarro, oyó gritos de asco y apenas, dando un brinco prodigioso, pudo librarse del zapato que amenazaba reventarlo.

Pero logró ocultarse entre unas matas.

¡El Sol!

Fue tal su sorpresa cuando vio el Sol, que un largo rato lo estuvo mirando con ojos redondos de asombro. No sabía qué era esa especie de gran redondel brillante que iba cayendo allá a lo lejos, en una especie de charca de agua blanca con ribetes

rojos. Tampoco sabía qué era la yerba, ni las flores, ni los arbustos, ni los árboles, ni el cielo. El conocía sólo el pozo negro con su agua oscura y el balde que bajaba y subía. Y el pobre Sapete creyó que el Sol era también un balde que iba a buscar agua en aquella extraña charca blanca ribeteada de rojo.

Y en el corazón de Sapete nació el deseo violento de llegar al país que está más allá de las colinas. Y se puso a andar, saltando, saltando, como andan los Sapitos, hasta que se hizo noche oscura y el cansancio y el miedo lo hicieron buscar un refugio para dormir.

A la mañana siguiente el balde apareció en lo alto, por el lado contrario al que desapareciera. Subía el Sol y Sapete lo miraba fascinado subir y subir. Hasta que empezó a bajar. Y entonces Sapete empezó también a andar, saltando, saltando, como andan los Sapitos, deseoso de llegar al país de las colinas junto a la charca blanca ribeteada de rojo y allí esperar el balde prodigioso y dejarse caer en él de un salto. Pero la noche se le vino encima y no alcanzó su objetivo.

Desde entonces la vida de Sapete no fue sino una constante marcha en pos de ese balde lejano, sin desanimarse, sin una duda, firme en su esperanza, mirando siempre a lo alto.

Pero resulta que una mañana en que iba a descubrirlo por un prado de tierno trébol, lo vio desde arriba un Aguila que se descolgó como una flecha sobre él, aprisionándolo para llevarlo a su cría como desayuno.

Sapete no supo que iba a morir. Sólo pensó que lo elevaban y que iba a alcanzar el gran balde, el Sol, el Sol que recién amanecido era aún una bola roja. Tuvo un momento de perfecta dicha y luego murió sin dolor entre las fuertes garras que lo aprisionaban.

Y aquí acabó la triste y bella historia de Sapete, el enamorado del Sol. Esta historia que, como todas las que siguen, me la contó Mamá Tolita hace muchos, pero muchos años, cuando era yo una niña tan niña como lo eres ahora tú, Mari-Sol.

## HISTORIA DE POR QUÉ LA LLOICA TIENE EL PECHO COLORADO

**R**esulta que una vez, hace muchos, pero muchos años, andaba por unos potreros un Hombre, morral al hombro y escopeta lista, viendo si veía algún pájaro para hacerle la puntería. Y en esto se encontró con una Lloica, muy distraída en una rama de un roble, cantando una tonada que recién había aprendido. Veía el Hombre, hacer puntería y disparar fue todo uno.

Pero resultó que la escopeta estaba mal cargada y el tiro reventó, hiriendo en la cara al Hombre, en tal forma que quedó medio ciego, dando grandes gritos de dolor y auxilio.

Por los contornos no pasaba un alma.



La Lloica, mientras tanto, había volado a un árbol lejano y desde allí, muy asustada por el peligro que acababa de correr, miraba al pobre Hombre bañado en sangre y quejumbroso.

—¡Socorro... Socorro...! ¡Me he quedado ciego...!  
¡Auxilio...!

Y sus gritos se perdían por las quebradas inútilmente.

Poco a poco el Hombre dejó de gritar. Daba ahora ayes y suspiros, y al fin pareció perder el conocimiento y se quedó inmóvil, recostado en el pasto y con la cara mirando al cielo.

La Lloica, mientras tanto, se había ido acercando lentamente, de árbol en árbol, hasta quedar sobre aquel que cobijaba al herido. Desde ahí siguió un rato observándolo. Y cuando se convenció de que estaba como muerto, de un vuelo se dejó caer sobre el pecho del Hombre, escuchando atentamente si el corazón latía aún.

La Lloica era una buenaavecilla del bosque, temerosa del Hombre y de su malignidad, que se distrae matando. Pero al propio tiempo tenía por el Hombre un gran respeto y admiración: por el Hombre que sabe cantar, que sabe silbar, que sabe hablar y en cuyas manos están el Bien y el Mal de los habitantes de los bosques. Y la Lloica, que nunca

había visto abatirse y morir a un Hombre, tuvo una gran compasión por este que ahí alentaba apenas.

Entonces la Lloica fue hasta el río y trajo unas gotitas de agua que echó en la boca del Hombre, y fue de nuevo al río y trajo otras gotitas, que refrescaron sus heridas, y fue hasta la montaña y trajo hierbas medicinales que fue poniendo sobre las llagas que eran los ojos, y de nuevo trajo agua y de nuevo trajo hierbas, y tanto trabajó la pobre y con tanta inteligencia, que al fin el Hombre dio un suspiro hondo y pareció recobrar el conocimiento.

Entonces la Lloica llamó a la Brisa, que todo lo sabe porque hasta por las rendijas se mete para curiosear, y le preguntó dónde vivía el Hombre. La Brisa dio la dirección y la Lloica se fue de un vuelo hasta la casa, que estaba en la colina rodeada de jardines. Ahí llamó al Perro y le dijo:

—Avisa a tus Patrones que el Hombre está herido en el potrero, al comienzo de la montaña.

El Perro empezó a ladrar desesperadamente, a correr, a aullar. Hasta que llamó la atención del Hombre Viejo y del Hombre Joven, que salieron detrás de él, encontrando al herido.

Mientras tanto la Lloica estaba feliz en la rama del roble, viendo cómo, con grandes precauciones, se llevaban al Hombre en una improvisada camilla.

El Hombre estaba salvado...

Pero resulta que entonces oyó a la señora Chaña que le decía:

—¡Qué linda pechera roja tiene usted, comadre Lloica! ¿Dónde la ha comprado?

La Lloica se dio cuenta de que la sangre del Hombre le había manchado toda la pechuga.

Y la señora del Jote —que ni siquiera tiene nombre y que estaba por allí cerca— se dirigió a la Lloica en forma insidiosa y llena de envidia.

Pero resulta que aquel día San Pedro había bajado a la Tierra a tomar un poquito de fresco a la sombra de unos huallles y había visto todo lo pasado.

Entonces se acercó a las aves y les dijo:

—Atestiguo que la Lloica tiene el pecho manchado por obra de una buena acción. Y en premio de ella, con la venia del Padre que está en los cielos, desde hoy en adelante tendrá sobre su noble pecho un escudo escarlata.

Ya saben ustedes por qué la Lloica tiene esas plumillas rojas que le hacen tanta gracia.

### PRIMERA HISTORIA DE PERROS Y GATOS

No sé si ustedes saben por qué el Perro y el Gato se odian.

Resulta que una vez había un matrimonio de chinos —porque este cuento es chino— que tenían un Gato y un Perro. Y tenían también un anillo muy bonito, que era un anillo de virtud; pero ellos no lo sabían. Y por obra del anillo, siempre había de todo en la casa del matrimonio, que era de viejos campesinos. Bueno. Resultó que un día al viejecito se le ocurrió vender el anillo en la ciudad, para comprar un par de bueyes; y no hizo más que venderlo, y en su casa todo se puso patas arriba, como se dice.

Las siembras se perdieron, el ganado estaba tan flaco que no se podía tener en pie, las verdu-



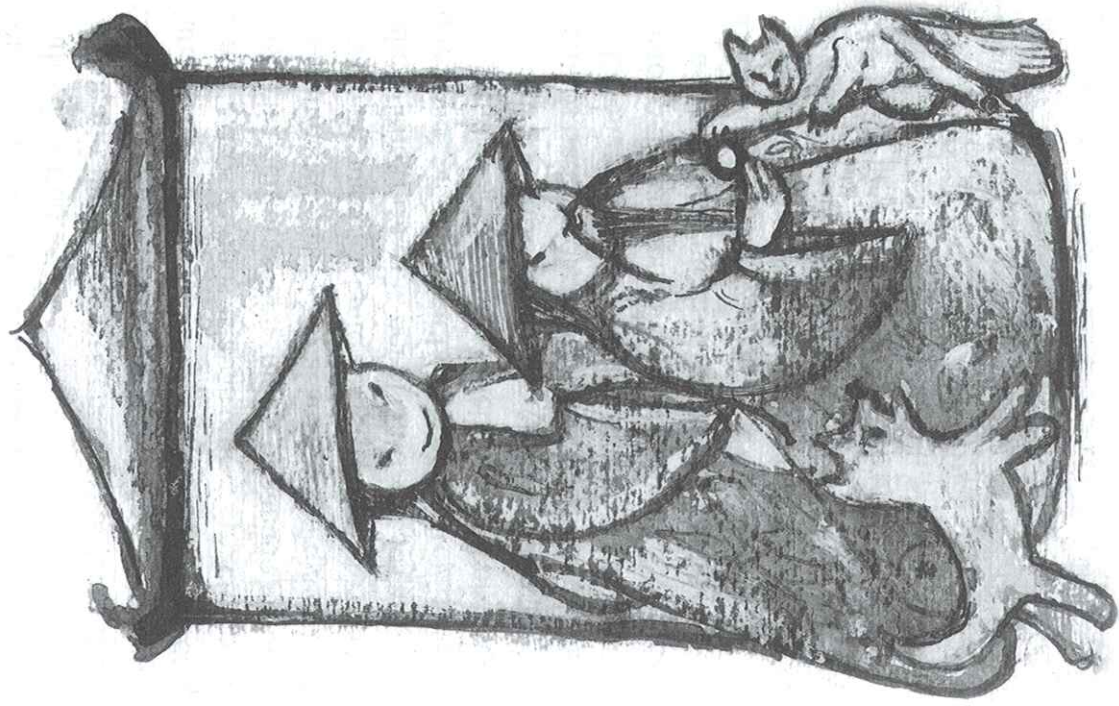
ras de la huerta estaban quemadas por la helada, las gallinas tenían "la pepa" y los viejos estaban baldados por el reuma.

El Perro y el Gato ya no hallaban qué hacer, muertos de hambre, sin un solo hueso que roer y sin ratones, siquiera, para engañar el diente.

Entonces el Gato le dijo al Perro que él sabía que el anillo era de virtud y que había que ir a buscarlo a la ciudad. Y los dos se fueron por el camino, corriendo a todo correr, para traer el famoso anillo.

Llegaron a la ciudad, y el Gato se entró por una ventana abierta a la casa del hombre que había comprado el anillo y que estaba rico y riqueterrico por la virtud del anillo. El Perro se quedó en la calle, haciendo de "loro", para que no fuera a venir alguien y los pillara.

El Gato sacó el anillo y empezaron los dos a correr de regreso a la casa; pero no se fueron por el camino, sino por el medio de los campos, para así llegar más ligero. Y pasó entonces que el Gato, cuando hallaba una casa que les interrumpía el paso, se subía por una pared, atravesaba el techo y daba un salto al otro lado; mientras que el Perro tenía que dar vuelta alrededor de la casa. Con esto, el Gato le ganó terreno y llegó donde sus amos mucho antes que él. Y los viejos creyeron que



sólo el Gato se había comedido para ir a buscar el anillo de virtud.

Cuando llegó el Perro, encontró al Gato muy caballero, comiéndose un plato de sopas de leche tamaño de grande, y a los amos sanos y felices con el anillo. Los campos estaban otra vez preciosos de pasto, las verduras bien lindas, el ganado gordo y las gallinas vueltas locas cacareando porque habían puesto un huevo. Y tanto el viejo como la vieja estaban llenos de cariño por el Gato, que les aseguró que él solo había ido a buscar el anillo y que era de virtud; y se enojaron mucho con el Perro, que se pasaba los días sin hacer nada, vagando por los campos, ladrándole a las nubes y a la luna llena.

Entonces al Perro le dio mucha rabia con el Gato, y quiso explicar lo que había pasado, pero le dieron un buen escobazo y lo echaron para afuera.

Desde entonces, el Perro está en el patio y el Gato en la casa, y desde entonces, también, el Perro aborrece al Gato y le llama hipócrita.

## SEGUNDA HISTORIA DE PERROS Y GATOS

**R**esulta que me encontré con una niñita española, y me dijo que ella había leído el cuento chino del Gato y del Perro, y de por qué el Perro le tiene odio al Gato, y entonces me dijo que en España su abuelita le había contado a ella el cuento de otra manera.

Resulta que cuando el Gato y el Perro estaban en el Arca para el diluvio universal, había tantos animales, que Noé no hallaba qué hacer para cuidarlos, y entonces llamó al Gato y le dijo que se hiciera cargo de las Pulgas. Entonces las Pulgas dieron un salto, se subieron al lomo del Gato y, sin mayores miramientos, se pusieron a picarlo, porque tenían mucha hambre. El Gato se puso furioso y fue a quejarse donde Noé, pero éste no le hizo caso, porque estaba colocando a los animales en forma de que unos cuidaran de otros. Pero el Gato siguió a Noé,



diciendo que él no estaba para ser la niñera de una gente tan mal educada como eran las Pulgas. Y Noé, cansado de oírlo, le dio un escobazo, y el Gato, cada vez más enojado, tuvo que arrancar a perderse.

Entonces el Gato se puso a pensar qué haría. Y tras mucho pensar y pensar, se fue donde estaba el Perro, cuidando a los niñitos de Noé, y le dijo:

—No te creas que sólo tú tienes aquí privilegios. Nuestro padre Noé me ha hecho el gran honor de darme a cuidar las Pulgas. Figúrate, las señoras Pulgas, las grandes acróbatas, tú las conoces, ¿verdad?

Y el Perro, que era rebueno, pero que no sabía nada de nada, para que no se le viera la ignorancia, hizo un gesto de aprobación, meneó el rabo y le echó una media sonrisa al Gato, para hacerle ver que se daba cuenta de la importancia que tenía el cuidar a las Pulgas.

Entonces el Gato siguió con su más suave voz:

—Si tú quisieras hacerme un favor, te lo agradecería mucho.

—El que quieras —contestó el Perro, ya que se sabe que es muy servicial.

—Mira, quiero ir a estirar un poco las patas por allá por las vigas del techo del Arca, pero me da miedo de que a las señoras Pulgas, por lo mismo que son acróbatas, les pueda pasar algo y, después nuestro padre Noé se enoje conmigo. ¿Quieres tú cuidarlas mientras yo subo?



El Perro aceptó muy gustoso. El Gato se sacó las Pulgas y se las echó al Perro. Y dando un brinco subió por las vigas y las cuerdas del Arca, hasta lo más alto del techo, donde se quedó, muerto de risa, viendo al Perro hacer al principio toda clase de gestos de sorpresa al sentir los picotones que le daban las Pulgas. Y poco después, el Perro empezaba a rascarse y hasta a llorar de desesperación, con el hocico en alto, como cuando lloran porque han visto un ánima en pena y tienen miedo.

Pasó por allí Noé, y le preguntó qué le pasaba. El Perro contestó:

—El Gato me dejó a las Pulgas, a las señoras Pulgas acróbatas, para que las cuidara, mientras él daba un paseo por las vigas del techo. Y las Pulgas, aunque sean tan señoras, son unas mal educadas y no hacen otra cosa que picarme, y me tienen como loco. Haga el favor de llamarlo y entregárselas.

Y Noé, que andaba muy de malas porque los animales no hacían otra cosa que molestarlo con reclamos, le dijo al Perro, con un gesto avinagrado:

—Te quedarás con las Pulgas. El Gato es un fresco sinvergüenza. Pero tú eres un tonto de remate.

Y desde ese día el Perro se puso a odiar al Gato tinterillo con tantas ganas como el Perro del cuento chino odió al Gato hipócrita.

### TERCERA HISTORIA DE PERROS Y GATOS

**E**ste es un cuento chileno de por qué el Gato y el Perro se tienen odio.

Resulta que un día en el Paraíso, que era como un fundo grande bien bonito, se le ocurrió a Adán ir con Eva de paseo por unas lomititas que rodeaban su pueblo, y como el Gato era el más casero, lo dejaron encargado de cuidar la despensa y hasta le entregaron las llaves. Al Perro le encargaron que vigilara la puerta. Este Perro era un puro quiltro no más, medio amarillento, con un pelo quiscudo, pero con los ojitos que le bailaban de picardía y unas ganas de chacotearse que no sabía con quién emplearlas, ya que los otros animales del Paraíso eran todos muy dados a la gravedad. Y con Adán



y con Eva no se podía contar, que también eran ensimismados y llenos de ponderación. Y el pobre Quiltro no tenía más remedio que jugar al pillarle el rabo y correr carreras con su propia sombra.

Resulta que ese día, una vez que se fueron Adán y Eva, el Gato se hizo un rollo y se echó a dormir. El Quiltro dio unas vueltas, les ladró a unos chercanes, tomó agua del arroyuelo y terminó por hacerse también un rollo y quedarse dormido. Despertó tardesito, cuando ya el sol se estaba poniendo. Entró a la casa para ver si Eva había llegado y preparaba la comida. No había nadie. Y el Gato seguía durmiendo. Lo despertó al rato, al notar que se hacía de noche y que nadie llegaba. Salieron ambos hasta la puerta y ahí se quedaron escuchando si el viento traía el eco de los pasos de los amos. Pero ni un ruidito se enredaba en la brisa. Era ya noche cerrada cuando llegó el Loro a traerles un recado, diciendo que Adán y Eva se quedaban fuera, más allá de las lomas y de la llanura, en las rocas que acantilán la costa, porque querían ver amanecer en el mar. Y le encargaban al Gato que hiciera la comida para ambos.

Al Gato le pareció pésimo el recado por aquello de hacer la comida. Ya se sabe que este personaje es lo más perezoso que existe. Dio un bostezo,

se afiló las uñas en el tronco de un árbol y dijo, displicente:

—Yo no tengo ganas de comer. ¿Y tú?

—Yo estoy muerto de hambre —contestó el Quiltro—. Date cuenta de que no hemos probado bocado desde esta mañana.

—Pues yo no tengo hambre —y dio un bostezo.

—Lo que tú no tienes es ganas de preparar la comida. Pero deja que yo la haga. Verás cómo sé preparar algo bueno. Por algo estoy siempre cerca de Eva en la cocina.

El Gato habló entre dos bostezos:

—Puedes hacer lo que gustes. Siempre que prepares algo apetitoso, porque te aseguro que no tengo ganas de comer...

—Haré... —dijo el Quiltro—, haré... pancutras...

—Me parece bien. Es plato que me gusta.

El Quiltro tomó las llaves que le alargaba el Gato, se fue a la despensa, se comió todo el charqui que Eva tenía para el invierno, sacó luego harina y se puso a preparar unas pancutras a su modo y manera, en tal forma que cuando el Gato metió el hocico en la fuente que le sirviera muy cortésmente, se quedó pegado al engrudo que había hecho el muy pícaro.

El Gato dio un bufido y para ayudarse a despegar

el hocico metió allí una pata, que se quedó pegada, y metió la otra, y también se quedó pegada, y a fuerza de tirones consiguió levantar un poco el hocico y respirar dificultosamente, pero las patas seguían presas y el Quiltro se moría de risa y daba carreras y ladraba y movía el rabo, viendo las cosas tan raras que hacía el Gato para poder desprenderse, sin conseguirlo.

Así pasaron la noche y el Gato solía decir, medio ahogado:

—Ya llegarán los Patronos y te darán tu merecido... Una buena paliza te darán.

Y el Quiltro ladraba, todo entero dado a su contento. Pero cuando ya estuvo el sol alto y sintió de repente los pasos de Adán y Eva que venían muy apurados a tomar desayuno, al Quiltro le dio miedo de que lo castigaran y salió de la casa y echó a correr por el Paraíso, y corrió y corrió durante días y noches, y tanto corrió, que vino a dar a esta tierra de Chile, y aquí se quedó viviendo para el resto de su vida.

El Gato —que es muy rencoroso— no olvidó nunca la burla de que había sido objeto, y les inculcó a sus hijos el odio al Perro, sobre todo al Quiltro chileno, que ha sido el único que logró engañarlo y reírse de él en sus bigotes.

## HISTORIA DE LA SEÑORA RATA DEL PUEBLO DE LOS RATONES

Resulta que una vez había una señora Rata muy buena dueña de casa, limpia y económica. Cuando llegaba del trabajo su marido, cargado de queso, de pan, de azúcar y de otros comestibles, la señora Rata separaba siempre una pequeña parte y la guardaba en la despensa, cada cosa en su lado, muy en orden todo. Al señor don Pericote no le gustaba nada este sistema, y siempre estaba protestando y diciendo a la señora Rata que era una roñosa, y a veces las cosas se ponían tan feas, que los chillidos del matrimonio se oían desde la bodega, con gran inquietud del señor don Gato.

Pero la señora Rata era inflexible, y, aunque el señor don Pericote pusiera el grito en el cielo,



ella siempre dejaba un poquito aparte para fondo de economía.

—Podrías tomar ejemplo de la comadre Ratona —decía el señor don Pericote, como último argumento—; en casa de ella hay siempre abundancia, en la mesa hay de todo sin medida, las fuentes están llenas y cada cual se sirve a su antojo. No como tú, que haces las raciones en cada plato y no hay manera de repetirse. Vivimos peor que pobres cesantes. ¡Todo el mundo se ríe de nosotros!

—Déle gusto a la boca, hijito... Pero no saca nada con rezongar. La comadre Ratona vivirá como se le antoje. Ya sabemos que tienen por lema en su casa aquello de: “Reventar antes que sobre”. Pero ya veremos si el tiempo no me da a mí la razón... Y, sin mayores palabras, la señora Rata guardaba en la despensa un buen terrón de azúcar, una cáscara de queso y un puñadito de porotos coscorrones.

Resulta que en esto los Patrones decidieron irse por una temporada a la costa y dejaron todo cerrado, con una cuidadora que venía tan sólo una vez por semana a abrir las ventanas para echar un barrido y unas pasadas de plumero. Y todo el pueblo de los Ratones era dueño de la casa, pero no había nada que comer, nada absolutamente, y si la ausencia del señor don Gato, que estaba con los

Patrones los hizo felices los primeros días, al poco empezaron a notar que el hambre les hacía unas cosquillas muy desagradables en el estómago.

Todos se pusieron de muy mal genio. No se oían sino disputas, chillidos, arañazos, y a veces llegaban a tal punto las peloterías, que hasta heridos quedaban en el campo, y una vez hubo un muerto. Y todo esto era por ver quién se comía una miga de pan que descubrían en un rincón del repostero o una nuez que hallaban en la bodega.

Mientras tanto, la señora Rata tenía a su familia alimentada a satisfacción, dentro de una medida muy parca, eso sí. Pero nadie podía decir que sufría hambre. Y el señor don Pericote no acababa de maravillarse con la inteligencia de su mujer, que había sabido prever el futuro y economizar pensando en malos tiempos.

Cuando hubo esa pelotera tan grande en que murió un Ratón, que era justamente el hijo de la comadre Ratona, todo el pueblo de los Ratones se reunió en consejo, para acordar medidas y ver qué se hacía ante la situación que cada vez era más grave.

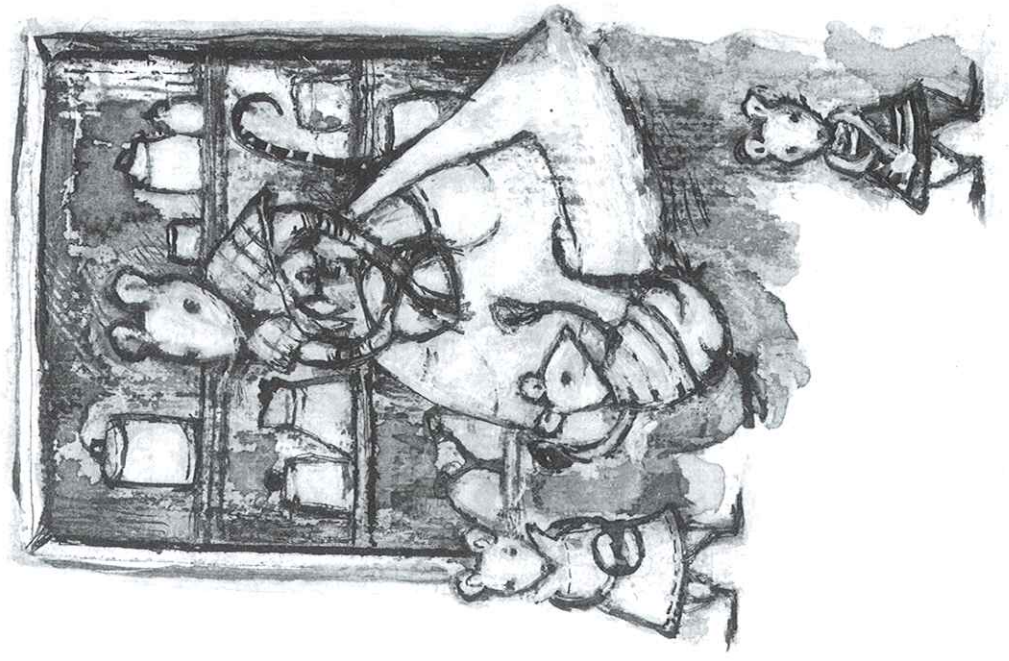
Un Ratón Viejo dijo que lo mejor era emigrar, irse a otra casa. Otro propuso comer aserrín; todo sería cuestión de acostumbrarse. Otro manifestó

que el ayuno era cosa buena, y que en un diario él había leído que se practicaba cuando la gente estaba en la cárcel, presa. Otro habló de salir a la calle a medianoche, para merodear por los tarros de basura, y que lo que se consiguiera sería para la colectividad. Pero como cada cual quería que su idea fuera la puesta en práctica, y como ya la discusión estaba tomando caracteres de batahola, se adelantó al medio de la reunión la señora Rata, y agitando una mano, impuso silencio, hablando luego de esta manera:

—Siempre ha sido objeto de crítica mi afición a la economía, pero ahora podrán ustedes darse cuenta de los beneficios que trae. Gracias a la economía tengo mi despensa bien surtida, y mientras dure este estado de cosas, mientras lleguen de nuevo los Patrones, todos tendrán su ración diaria de alimento, que les será distribuida por mí a las nueve de la mañana, en mi domicilio particular. He dicho.

Como ustedes comprenderán, una gran ovación acompañó a la señora Rata hasta llegar a la puerta de su casa. El señor don Pericote, muy orgulloso, contestaba a los aplausos como si hubiera sido él quien los merecía. Y como era un poco fantasioso, al poco rato decía, con un aire de suma importancia:

—Yo he sido el que le ha inculcado a mi señora el





hábito de la economía. Siempre le estaba diciendo: “Si tienes tres, guarda uno”. Y ya ven ustedes los resultados: si no hubiera sido por mí, a estas horas sabe Dios lo que sería de todos nosotros...

La señora Rata, mientras tanto, estaba afanada haciendo las raciones con suma prudencia, porque sabía —por una conversación que había oído— que la ausencia de los Patrones duraría un mes, y aún quedaban tres semanas, en que ella sola debería alimentar con las reservas de su despensa a los muchos habitantes que formaban el pueblo de los Ratones.

Y tan bien se manejó, que todos pasaron sin hambre hasta que una buena mañana llegaron los Patrones, para contento de todos, aunque la llegada del señor don Gato no los contentaba así tantito.

## UNA HISTORIA QUE PASÓ NO MÁS

**R**esulta que una vez la tía Olita dio una fiesta para celebrar el cumpleaños de Manuelito, y había muchos niños invitados, todos muy elegantes, y en la mesa había tortas, dulces, helados, bonetes para cada uno y sorpresas de esas que hacen ¡PUM! cuando se las rompe, y antes de pasar al comedor hubo números de circo con tony y payaso, y uno de esos señores que sacan conejos chiquitos de los sombreros y banderas también. Y todos estaban muy contentos y se divertían mucho.

El primo Manuelito es muy moreno, con el pelo liso muy corto y los ojos como uvas negras, que llegan a ser azules. Es muy dije, y como tiene una Miss que lo cuida, está tan bien educado que nunca se olvida de limpiarse la boca antes de tomar agua,

ni pone los codos en la mesa, ni se olvida tampoco de decir "¡Perdón!" cuando tropieza con alguien en la calle. Y habla en inglés de corrido. Bueno; en cambio, los otros primos hablan francés bastante bien, según dicen la madre Arlette, del Jeanne d'Arc, y el hermano Pierre, de otro colegio, que nunca me acuerdo cómo se llama.

Resulta que todos estaban muy contentos, y cada uno tenía su lindo bonete, y bailaban y cantaban, y sobre todo comían. Había muchos niños, y no sé por qué todos eran morenos, con el pelo negro o muy oscuro, castaño, como se dice. Y resulta que había un niño muy elegante, con traje de esos que se ponen para ir a los matrimonios cuando son pajes de honor. Manuelito dice que se llama traje "Eton". Bueno. El caso es que este niño —que por primera vez iba a la casa— no hacía otra cosa que dengues, y no quería comer, y dijo que no se ponía el bonete porque se iba a despeñar. Era un niño rubio con el pelo todo crespo y largo. Claro que era bonito, pero claro también que parecía un ángel de esos que sujetan los candelabros en las iglesias. No quería jugar con nadie, y tampoco quiso bailar cuando la prima Bebita lo invitó con mucha gracia. En verdad que era un pesado anti-pático y nada más.

Y resulta que en la mesa, cuando estaban todos callados, de repente, resulta que entonces este niño dijo con una voz muy afautada y muy alta, para que nadie dejara de oírlo, al lindo:

—En mi casa dicen que tengo el pelo como un canastillo de oro...

Todos lo miraron. Ya les dije que su pelo era rubio, rubio y lleno de crespos largos. Pero era bien divertido que él dijera eso... Entonces siguió diciendo con su voz bien chillona y fuerte:

—Siempre me dicen que tengo el pelo como un canastillo de oro...

Uno de los primos le preguntó, entonces:

—¿Le damos recibo?

Y todos se echaron a reír.

Pero él volvió a repetir, muy ufano:

—Yo soy rubio, por eso tengo el pelo como oro.

—Como un canastillo de oro... —le corrigió el primo Alfredo.

—En cambio ustedes tienen el pelo negro y lacio, como los Araucanos. —Los miraba con insolencia, de uno en uno. Parecía el ángel malo de los libros de la Historia Sagrada.

Le hubiera pegado. Miré a los primos, a los otros niños. Todos tenían una cara de aflicción, casi de humillación. Pero Manuelito rompió el silencio y



dijo muy serio, muy doctoral:

—Nosotros no le damos importancia a eso de tener el pelo rubio o de otro color. Ya ves. Nosotros somos todos rubios, mucho más que tú, pero como estamos de luto, nos lo hemos teñido de negro. Eso es todo.

Y como nos quedamos muy serietitos haciendo con la cabeza señales de asentimiento, el niño rubio como un canastillo de oro no volvió a mencionar más lo que lo tenía tan orgulloso.

Y resulta que después todos los otros niños se reían tanto, que la tía Olita creyó que les había hecho mal el dedito de vino dulce que les había dado.

## HISTORIA DEL RATÓN QUE ENGAÑÓ A LA ZORRA

**R**esulta que una vez don Ratón del Campo andaba muerto de hambre e iba muy triste caminando por una alameda, en una noche de luna linda, tan clara que parecía puro día.

Andando, andando, llegó don Ratón del Campo al puente sobre el río, se subió a la baranda y allí se quedó mirando la luna reflejada en el agua, tan grande y tan redonda y tan blanca. Don Ratón del Campo suspiró, se puso una mano en la cintura y la otra en la mejilla y se acordó de unos versos que decía siempre su abuela doña Rata del Palacio, que había sido dama de muchas campanillas. Eran algo parecido a esto:

*Por pintar la luna*

*un pintor con hambre  
pintaba aceitunas*

Y el pobre Ratón del Campo veía que la luna grande y redonda y blanca se transformaba en una bandeja, y por obra del hambre veía allí, no sólo aceitunas sino pan, nueces, queso, azúcar. Y a don Ratón del Campo se le hacía la boca más agua que la que llevaba el río.

En esto llegó doña Zorra Montesa, que venía de las casas del fundo, llena de contento porque se había robado un queso y se figuraba cómo se saborearían sus hijos Zorrino y Zorrina con la comida que les llevaba. Con las buenas maneras de los animales de la montaña, se saludaron con muchas ceremonias:

—Buenas noches, mi señora doña Zorra.

—Buenas noches, don Ratón.

—¿A dónde va tan buena moza y con tanto apuro?

—A darles de comer a los niños; pensaba hacerles un pollito, pero el mercado estaba pobre y sólo pude conseguir un queso. En cuanto a lo de buena moza, es favor que usted me hace no más. Ya se sabe que usted es hombre galante.

Don Ratón del Campo, mientras así hablaba doña Zorra Montesa, estaba pensando una treta para apoderarse del queso que llenaba el aire con

su exquisito olor. Y dijo con grandes aspavientos, señalando la luna reflejada en el agua:

—¿Qué le parece el gran queso que está allí, flotando en el río?

—¿El queso? ¿Qué queso? —exclamó la Zorra Montesa, extrañada.

—¿No lo está viendo? Se le cayó de las árguenas hace un rato no más a un hombre que pasaba por el puente. Si yo tuviera la fuerza suya, la destreza suya, mi señora doña Zorra, me echaría al agua para sacarlo. Pero, ¡pobre de mí!, soy tan chiquitito y tengo tan poco ñeque...

Doña Zorra Montesa apoyó las patas delanteras en el pretil del puente y se quedó mirando la mancha blanca, redonda y grande que se veía en el agua. Pensó que aquel queso era mucho más grande que el que ella llevaba, y golosamente hizo sus cálculos. ¡Por lo menos, había para comer una semana! Y don Ratón del Campo seguía diciendo con su voz más convincente:

—¡Ay, si yo tuviera la maestría que tiene usted, mi señora doña Zorra, para nadar! ¡Si yo tuviera su gran hocico y sus fuertes dientes! ¡Qué panzada de queso me daría!

Doña Zorra Montesa no vaciló más. Dejó sobre el puente el queso que llevaba, se subió de un brinco



sobre el pretil, y de otro se lanzó al agua, nadando presurosa hacia el queso blanco, grande y redondo. Ya lo alcanzaba. Abrió el hocico lo más que pudo y lo cerró sobre el queso. Con la fuerza del mordisco que se cerró sobre la nada, doña Zorra Montesa se hirió la lengua. Muy sorprendida y dolorida, volvió a abrir más grande aún el hocico, queriendo tomar cuidadosamente su presa, para que esta vez no se escapara. Y mientras doña Zorra Montesa luchaba hasta convencerse del engaño y salir del agua tiritando y furiosa, don Ratón del Campo estaba ya en su casita, comiendo alegremente con su señora doña Ratona y sus hijitos Perico y Perica el queso rico que doña Zorra Montesa abandonara en su ansia de otro queso más bueno y más grande y que era sólo el reflejo de la luna.

### HISTORIA DE DOS GATAS

**R**esulta que una vez en una casa muy grande, donde vivían dos señoras muy viejas, muy viejas, había dos Gatas que tenían cada cual un Gatito chiquito, negro y todavía con los ojitos cerrados. Y resulta que a una de las Gatas —que se llamaba Linda— se le murió su hijito y ella no hallaba qué hacer de pena y se lo pasaba maullando y recorría todas las piezas de la casa, porque la pobrecita no quería convencerse de que su Gatito había muerto.

Y andando, andando, Linda llegó al sitio donde estaba la otra gata con su hijito. Esta Gata se llamaba Pinta. Y resulta que Linda creyó que el Gatito de Pinta era el suyo, y se puso furiosa y dio un maullido terrible, diciendo que aquél era su hijo, y el rabo se le erizó y los ojos le brillaron y las uñas parecían alfileres de esos bien puntiagudos. Y al

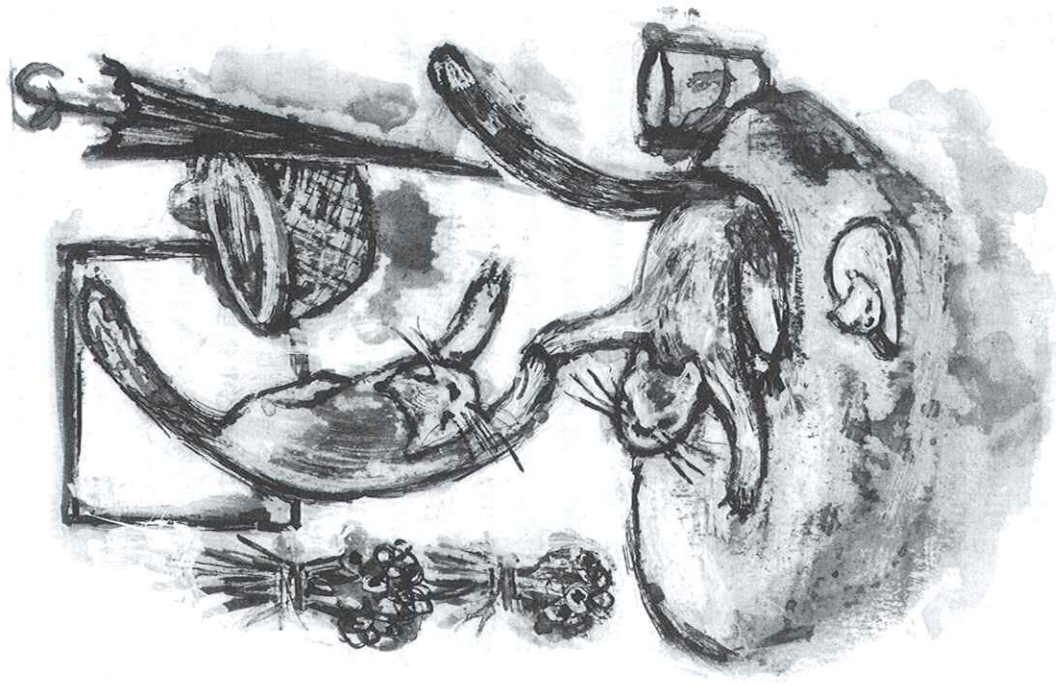
ver esta actitud, Pinta contestó que el Gatito era suyo, y tomando la defensiva, empezaron a pelear como fieras salvajes.

Volaban los pelos, sangraban las narices, las orejas eran las que padecían los peores mordiscos y los maullidos que daban eran como rugidos de puma. Y tanta fue la pelotera, que llegaron las dos viejas señoras con las viejas sirvientas, y a fuerza de escobazos y hasta de jarros de agua consiguieron separar a las dos Gatas, medio locas de rabia y hechas una compasión.

El caso fue que las dos quedaron tan malheridas, que al día siguiente Linda no pudo salir de su cajón, porque apenas veía, con los ojos hinchados por los arañazos y mordiscos. Pero la pobre Pinta estaba descaderada por un feroz palo que le dieran al querer separarlas, y se sentía tan mal, la infeliz, que pensó en que iba a morir y en que no era posible dejar a su Gatito abandonado, sin nadie que le diera de mamar ni que lo cuidara siquiera.

Entonces Pinta tomó al Gatito en el hocico —como ustedes saben que hacen las Gatas—, y andando con suma dificultad, arrastrándose, mejor dicho, llegó hasta el cajón en donde estaba Linda, medio ciega y llena de tristezas y de rencores.

Fue Pinta la que habló primero, porque la otra no hallaba qué pensar ni qué decir al verla.





—No vengo en son de pelea, Linda. Bien caro nos ha costado lo de ayer. Siento todo esto por mi Gatito, yo voy a morir, estoy segura de ello. Nuestro instinto no nos engaña, ya lo sabes. Y no quiero que mi Gatito quede solo en el mundo, sin una mamá que lo cuide y lo alimente. Te lo traigo. Te lo doy. Tú has perdido a tu hijito. Quédate con este mío y sé buena con él.

Linda se alzó en su cajón, pero, como no veía, se quedó esperando que Pinta le entregara al Gatito. No podía contestar de emoción. Cuando sintió el blando paquete que Pinta echaba suavemente a su lado, se hizo un rollo, formándole un nido en que su nuevo hijito se acomodó, lleno de regalonerías. Entonces habló:

—Puedes confiar en mí. No te imaginas cuánto te agradezco que me lo hayas dejado. Lo cuidaré como si en verdad fuera mi hijito, mi Gatito mío. Puedes morir tranquila.

Y empezó a lamerle la cabecita al Gatito, que se había puesto a almorzar. Pinta los miró un rato y después, silenciosamente, con mucho trabajo se fue arrastrando hasta un rincón oscuro de la bodega, para morir al poco rato.

Linda crió al Gatito con todo cariño, lo mismo que si hubiera sido su hijito. Y resulta que lo más curioso de esta historia ¡es que es cierta!

## HISTORIA DEL LOBO CUANDO SE ENFERMÓ

**R**esulta que una vez el señor Lobo estaba muy enfermo y nadie se comedia para ir a darle un traguito de agua ni para hacerle un remedio. El Lobo era el mismo que se encontró en el bosque Caperucita Roja, el que se fue a la casa de la Abuelita, se la comió, se vistió con su ropa y después esperó metido en la cama que llegara la niña para decirle que entrara, que las orejas le habían crecido para oír mejor y que los dientes eran tan grandes para mejor comérsela.

Bueno, todo eso ya lo saben ustedes.

Pero no saben que después que llegó el leñador, cuando ya el mal Lobo se había comido a Caperucita Roja, y que abrió la guata del Lobo y sacó de su estómago a la viejecita aterrada y a

la niña muy tranquila, ésta hizo que aquélla, muy ducha en medicinas, cosiera al animal dañado y con ciertos emplastos de hierbas de la montaña lograra que las heridas cicatrizaran y volviera el Lobo a su cubil, arrepentido y contrito, dispuesto por solemne promesa a nunca más comerse a las niñitas que atraviesan el bosque, ni a las abuelitas que las esperan en la cama rezando el rosario.

El Lobo cumplió su promesa. Pero no por eso dejó de comer corderitos y otros indefensos animalillos. Y siempre era él muy temido y odiado. Y es claro, cuando se enfermó gravemente, nadie quería ir a darle un poquito de agua ni hacerle un remedio.

Y resulta que entonces el Lobo empezó a dar unos grandes ¡ayes! de dolor, de hambre y de miedo, pues creía que de un momento a otro iba a morirse solito en su abandono. Y el Eco —que ya saben ustedes que es muy bueno para repetir recados— se fue corriendo a contarle lo que pasaba a Caperucita Roja, que estaba ese día terminando de bordar un cubrepíes que le iba a regalar a su Abuelita.

Y como ya saben ustedes que la niña está llena de bondad, pues inmediatamente que supo la noticia se puso su capa roja, de la cual le venía el llamarla como todos la llamamos. Y muy ligero se fue por el bosque hasta llegar a casa de la Abuelita y pedirle

que la acompañara a ver al Lobo enfermo.

Y resulta que juntas y con el canastito en que la Abuelita guardaba sus hierbas medicinales, atravesaron el bosque, camino del cubil del Lobo.

Este estaba hecho un grito, con un dolor terrible en el costado, porque lo que tenía era gripe.

Los Animales del bosque las vieron pasar, llenos de aprensión, sabiendo que iban tan de prisa por ver al Lobo. El Eco había contado la noticia a todo el mundo. Y como las buenas acciones dejan siempre surco, tras los pasos de la Abuelita y Caperucita Roja se fueron todos, a ver cómo estaba el enfermo, un poco novedosos y otro poco deseosos de servir.

Y resulta que cuando llegaron al cubil del Lobo iba tras ellas una verdadera procesión, que encabezaba la señora Zorra, siguiéndola la señora Rata del Campo, el señor Culpeo, la Sapa-Verde, la Sapita Cua-Cua, el Jote-Calchón y muchos amigos nuestros, todos en fila india para no molestar a unos a otros.

Bueno. ¡Hay que ver cómo estaba todo sucio en el cubil del Lobo y cómo estaba éste de enfermo! Inmediatamente Caperucita Roja se puso a barrer y a limpiar. Y la Abuelita se puso a preparar sus remedios. Pero aquí fue lo lindo; cada uno de los Animales que venían detrás de ellas quiso ayudar



en algo, y la señora Zorra del Campo con su larga cola se puso a barrer, y el Jote-Calchón y sus niños sacaron la basura, y la Sapa-Verde y los Sapitos-Guainas echaron agua en el suelo, y los Chincoles trajeron hierbitas suaves para hacer una cama nueva, y así cada uno ayudó en la medida de sus fuerzas, y al poco rato el cubil del Lobo era una verdadera casa, limpia y todo.

Y entonces la Abuelita le puso una cataplasma y le dio una taza de tilo, y ya el Lobo empezó a sentirse mejor. Y como se quejara de frío, pues nada menos que las señoras Ovejas del Prado vinieron a acurrucarse a su lado para darle calor con su lana.

Y el Lobo estaba cada vez mejor y en esto se quedó dormido, dando unos tremendos ronquidos, que tenían muertas de risa a las Cachañas, que ya saben ustedes que son muy alegres.

Así pasó un largo rato, y era casi media tarde cuando el Lobo despertó muy contento, porque ya se había mejorado. Caperucita Roja y la Abuelita le dijeron que lo habían hecho por él los Animales, y entonces el Lobo dijo que él iba a ser el Lobo Bueno, y que todos iban a ser sus amigos desde ese día.

Y cumplió su promesa, y murió de viejo, cuidado por todos sus compañeros del bosque y por los hijos de Caperucita Roja, que eran sus más queridos amigos.

## HISTORIA DE SAPOS

**R**esulta que ésta es una historia de Sapos. Bueno.

Una vez vivía en una charca una señora Sapa-Vieja, allegada a la casa de un sobrino casado y con muchos hijos. Esta señora Sapa-Vieja todo el tiempo estaba diciendo con aire profético:

—No coman mucho, porque la comida se va a terminar, y entonces nos moriremos de hambre.

Y tanto hablaba y tanto ponía los ojos en blanco y daba gritos cuando alguien quería comer un poco más, que toda aquella familia estaba tan flaca, que los vestidos les colgaban de los hombros de una manera lamentable.

Y no sólo gritaba y se enojaba la señora Sapa-Vieja cuando comían, sino que le parecía pésimo

que se fueran a bañar al estero, porque, según ella, de tanto mojarse, los trajes de seda verde con que los había dotado la naturaleza se iban a gastar y no tendrían luego de dónde sacar otros.

Y cuando los Sapos-Guainas de la familia querían salir de excursión y jugar a la ronda o a las carreras o dar saltos mortales, la terrible señora Sapa-Vieja se ponía como una furia y hasta solía darles sus zamarrones cuando ellos se empecinaban en salirse con la suya. Y todo porque temía que se les rompieran los zapatos y los soquetes del mismo color que llevaban puestos.

Y como la señora Sapa-Vieja era muy dominante, quieras o no, imponía su voluntad, pues todos los Sapos de la familia, desde el sobrino y su mujer hasta el más chiquito de los Sapitos, que era aún renacuajo, estaban casi muertos de hambre, de falta de baño, de necesidad de sol y de ejercicio.

La Sapa-Verde -la mujer del sobrino- no hallaba ya qué hacer para poner fin a esta situación y fue entonces a pedirle consejo a la señora Zorra-del-Monte, que vivía por los contornos y tenía fama de muy sabia persona.

La señora Zorra-del-Monte estaba esa mañana muy de buen humor, porque sus correrías de la noche anterior habían dejado por señas un buen montón

de plumas en el gallinero de don Pedro Chaparro.

Oyó todas las calamidades que la Sapa-Verde le contaba y después de meditar un rato le dijo:

-Andate tranquila para tu casa. Yo haré que el Jote-Calchón ponga remedio a estas cosas.

Y resulta que al día siguiente, cuando la señora Sapa-Verde estaba gritando para impedir que los Sapitos-Guainas se comieran unas lombrices que habían descubierto, pues llegó de improviso el Jote-Calchón, y dándole un buen golpe con una de las patas a la señora Sapa-Vieja en el hombro, le dijo con voz muy severa:

-Si otra vez vuelves a decirle a alguien de tu familia que no debe comer porque la Tierra se va a terminar, o que no debe bañarse porque se van a gastar los vestidos, o que no deben jugar porque se van a romper los zapatos, pues verás lo que te pasa a ti... De un solo picotazo te voy a romper el espinazo. Y no va a ser malo el banquete que tendrán mis Jotecitos-Sin-Plumas en su nido.

Y resulta que a la señora Sapa-Vieja le dio un susto tamaño de grande, y nunquita más volvió a molestar a nadie con las leseras que tenía por costumbre decirles.

Y hay que ver ahora cómo está de gorda la familia de los Sapos, con los vestidos que ya se les



revientan y los zapatos que apenas les caben, pero que no por eso se rajan ni se rompen. Y da gusto verlos chapoteando en el estero, bien limpios y bien contentos.

Y resulta que la señora Sapa-Vieja, del disgusto que tuvo la primera vez que los vio comer a sus anchas, sin poder decirles nada, por miedo al Jote-Cálchón, pues reventó como un guatapique.

## HISTORIA DE LOS ALBATROS SABIOS

**R**esulta que había una vez una isla muy linda, rodeada de agua —lo que es muy natural, ya que era una isla—, con su festón de espuma y su faro y todo. Se llamaba la isla de los Albatros, porque en los acantilados vivían innumerables pájaros de esa familia. Se me olvidaba decir que el agua que rodeaba la isla era salada, del mar Pacífico, verde y llena de peces.

Bueno.

En la isla de los Albatros habitaba una cantidad de hombres ocupados en cultivar la tierra, rica en toda siembra, y que, además, en las tardes echaban las redes al mar, retirándolas al alba, rebosantes de pescados llenos de susto y de escamas de plata azul. Cada cual tenía su terreno y su casa de techo

rojo, y el mar, el cielo y el aire eran de todos, como también lo era el trabajo que equitativamente se repartían. Y eran todos felices, simples y puros en esa vida primitiva en que no se conocía el dinero.

Pero de pronto todo cambió, porque un hombre se entregó al feo vicio de la avaricia. Este hombre se llamaba:

### DON BERNABE PEÑA

según rezaban sus tarjetas de visita.

Este DON BERNABE PEÑA era antes sencillamente Bernabé Peña, uno de los tantos pobladores de la isla de los Albatros, con risa y canto en la boca y en los ojos, con felicidad en el corazón y en su claro hogar, con satisfacción en su trabajo de labriego y pescador.

Pero un día le avisaron a Bernabé Peña que un tío suyo había muerto en el Continente, dejándolo por heredero de su fortuna. Y algún tiempo después le entregaron un baúl lleno de monedas y de billetes, un baúl que llegó en un vaporcito, con cuidadores y carabineros, lo mismo que si fuera un gran personaje.

Cuando uno de los guardianes entregó el tesoro a DON BERNABE PEÑA, le dijo:

—Es usted poderoso. Con este dinero puede

comprarse toda la isla. Sería usted el amo y señor, igual que un rey. Lo felicito.

Y desde entonces comenzó la infelicidad de Bernabé Peña y la de todos los habitantes de la isla de los Albatros. Y desde entonces también Bernabé Peña fue transformándose en DON BERNABE PEÑA.

Porque resulta que al principio miró con cierto desdén y con un poco de desconfianza el famoso baúl con dinero, pero poco a poco se fue habituando a contar las monedas y los billetes, y los hacía mononcitos y los hacía fajos, y a unos les ponía papeles azules y a otros cintitas verdes. Y la comprobación de su riqueza hizo germinar en su cerebro la idea que le insinuara el guardián, de comprar casa por casa y parcela por parcela la isla de los Albatros, hasta convertirse en su dueño único.

Fue de habitante en habitante, ofreciéndoles dinero a cambio de su hacienda, dinero, esa cosa maravillosa, por cuya posesión los hombres del Continente se afanan y se pelean y se matan. *Dinero*. Y los habitantes todos de la isla de los Albatros cayeron en la tentación y entregaron a cambio de las monedas y de los billetes sus viviendas y sus tierras a DON BERNABE PEÑA. Pero cuando tuvieron el dinero y se les pasó la novedad de contemplar las redondelas de oro en



sus manos, vieron sorprendidos que con "aquello" no se comía, e inquietos miraron las tierras que ya no les pertenecían y las casas cuyo alquiler debían pagar y las barcas pescadoras que tampoco eran suyas. Protestaron. Dijeron "injusticia". Hubo gritos. Y riñas. Y heridos. Y hasta muertos. Pero todos terminaron por inclinar la cabeza y seguir trabajando en la tierra y en el mar, como jornaleros de DON BERNABE PEÑA, llevándose éste todos los beneficios y haciendo sentir en todo momento que era el AMO.

Y a las riñas siguieron la miseria y el odio.

Y el hombre poseedor de toda la isla de los Albatros era profundamente infeliz, sin risa y sin canto en la boca, rodeado de maldiciones, con la avaricia haciéndolo fraguar nuevas maneras de explotación, con el corazón destilando recelos y amenazas.

Y resulta que entonces en la isla de los Albatros pasó algo muy extraño, que nadie supo explicarse, pero que yo les voy a contar a ustedes.

Resulta que una noche se juntaron, en una roca que caía de golpe en el mar, todos los Albatros de la isla, capitaneados por uno que llamaban Patahueca, porque en verdad tenía volteada hacia adentro la derecha. Por viejo y por haber vivido

en todos los puertos del mundo en sus juventudes, era el Jefe, y habló a los demás, que lo oían muy calladitos y atentos:

*—Los hombres de la isla van a terminar por matarse unos a otros, enloquecidos por la miseria y por el odio. Hay que impedirlo.*

*—¿Cómo? —preguntaron a coro.*

*—Hay que hacer desaparecer el dinero de Bernabé Peña y el poco que aún tengan los demás. Para este trabajo tenemos por aliadas a las señoras Ratas, que ya están prevenidas. Ellas romperán los sacos y los baúles en que están guardados los dineros, y nosotros los tiraremos al mar. Hora de consigna para comenzar el trabajo salvador: medianoche.*

Un Albatros joven pidió la palabra, que le fue concedida:

*—¿Y no vamos a castigar al hombre de corazón duro como su nombre? ¿No es acaso el causante de todas estas desgracias? ¿No fue acaso él quien lo emponzoñó todo con su maldito dinero?*

Patahueca contestó:

*—En cuanto el dinero desaparezca, será Bernabé Peña el buen hombre de antes.*

Todos los Albatros dieron un graznido de asentimiento y de esperanza. Y como la Brisa llegara a

avisar que era el filo de la medianoche, cada cual tomó distinta ruta, buscando las casas de los hombres y el dinero, que ya las señoras Ratas ponían a su alcance.

Y resulta que cuando los hombres de la isla de los Albatros despertaron a la mañana siguiente, se encontraron con que habían sido robados misteriosamente, y que nadie, nadie, ni el mismísimo DON BERNABE PEÑA, tenía una sola moneda ni un billete.

Gritaron de nuevo, se echaron la culpa unos a otros. Hubo gestos de amenaza y rostros convulsos de ira. Una vez más se apalearon. Otra vez fueron apaleados por DON BERNABE PEÑA, enloquecido de rabia. Y hubo un muerto. Pero empezaron a convencerse de que nadie tenía el dinero. Creyeron en piratas venidos del Continente. Y poco a poco la calma se fue haciendo en los corazones. Y como DON BERNABE PEÑA no tenía con qué pagar el trabajo de sus jornaleros y no tenía tampoco qué comer, tuvo que volver a su trabajo de antes y a dejar que cada cual habitara su casa y trabajara su campo y aparejara su barca —lo que le había pertenecido por ley de trabajo antes que el dinero hiciera su aparición siniestra—, volviendo la isla de los Albatros al feliz tiempo en que todos

eran felices.

Y lo curioso es que DON BERNABE PEÑA dejó al poco tiempo de ser DON, y las letras de su nombre se fueron achicando en la conciencia de todos, al par que lo veían descender de su pedestal de avaricia y orgullo, para terminar al mismo nivel que los otros habitantes de la isla, campesino y pescador. Es decir: volvió a ser el mismo Bernabé Peña de sus comienzos, con canto y risa en la boca y en su hogar una clara felicidad.



## HISTORIA DE LOS AMIGOS DE AZULINA

**R**esulta que Azulina estaba muy triste y que en el patio último de la casa —allí donde la señora Parra se empina sobre cuatro rodrigones— no hacía la niña otra cosa que estarse muy quieta sentada en su sillita, mano sobre mano, mirando con ojos distraídos no se sabía qué. No jugaba con los hermanos, no paseaba a la muñeca en el coche, no tejía cantando esas alegres tonadas que embelesaban al Jilguero; no reía a la par que el Agua del surtidor. A tanto llegó el ensimismamiento de la niña, que muy de mañana hubo un conciliábulo en el patio.

El primero en hablar fue el Jilguero. Dijo:

—¿Qué tendrá Azulina? ¿Estará enferma?

—No, porque entonces la dejarían en su camita, como en el invierno, cuando se resfrió. Debe tener

una grave preocupación –contestó la señora Parra, que sabía mucho a fuer de vieja.

–¿Y cómo podremos averiguar lo que le aconteció? –Esto lo dijo el Grillo, que estaba ya asomado a la puerta diminuta de su casa.

–Azulina sólo sabe suspirar, y yo... yo... yo la he visto limpiarse disimuladamente una lágrima.

–Para decir esto la Araña detuvo un instante su trabajo de tejedora.

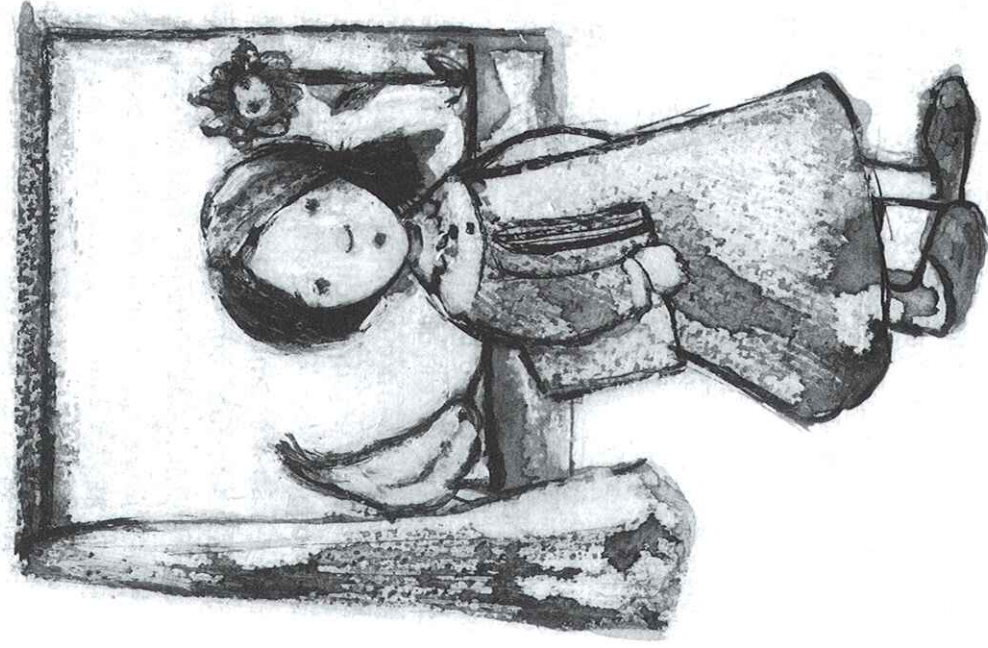
–¿Y cómo sabremos lo que pasa? –agregó el Agua.

Todos guardaron silencio, mirando de reojo a la señora Parra, que tenía prestigio entre ellos por sus buenos consejos.

–Creo que lo mejor es encargar al Jilguero que descubra lo que le pasa a la niña. Por una vez puede permitirse ser indiscreto: escuchar detrás de las puertas, mirar por el ojo de la llave, leer cartas ajenas, trajar en los cajones... Y en cuanto sepa algo nos lo dice.

El Jilguero aceptó el cargo e inmediatamente se fue a esconder entre las hojas de un rosal, frente a la habitación de Azulina, en el otro patio.

Al rato vio a la vieja Ñaña entrar a la habitación llevando la bandeja con el desayuno de la niña. Luego observó cómo Azulina abría de par en par





las ventanas que estaban entornadas —ella sabía que hay que dormir con aire para tener lindos sueños— y en seguida la vio desaparecer por la puerta del baño, en compañía de la vieja Ñaña.

Entonces, de un vuelo, entró a la habitación, posándose en lo alto de la lámpara.

Por las paredes, pintados en colores, corrían alegres payasos. Sobre una repisa, muy serios, estaban los juguetes de Azulina. La muñeca en su cuna, durmiendo, no abrió los ojos. En el escritorio los cuadernos y los libros lucían en gran orden. Sobre la cómoda había una imagen de la Virgen María con el Niño Dios en brazos, amorosamente sostenido, y a cada lado un florero azul con rosas blancas. Y en la mesita de luz vio un cuaderno con tapas de cretona, sobre el cual unas letras decían escritas en cadeneta de oro:

### MI DIARIO

El Jilguero pensó que ahí estaba el secreto de Azulina. Pero ¿cómo abrir el cuaderno? ¿Cómo levantar la tapa y dar vuelta las hojas? Entonces el Jilguero se acordó de su amigo el Viento y salió en busca de la señorita Golondrina —que es mucho más rápida que él en sus vuelos—, pidiéndole por favor

que fuera a rogar al Viento que viniera a soplar sobre el cuaderno de Azulina hasta lograr abrirlo.

Y la señorita Golondrina se fue ligero, ligero hasta la Cordillera, donde vive el Viento entre altos picachos nevados, y apenas supo éste lo que esperaba de él su amigo el Jilguero, echó a correr por los caminos del cielo, silbando en las curvas para evitar accidentes. Y en un instante estuvo en la habitación de Azulina y con un fuerte soplo abrió las tapas del cuaderno y fue dando vuelta las hojas para que el Jilguero leyera lo que todos los días iba la niña escribiendo. Y al llegar a las últimas líneas el Jilguero casi lloraba de emoción.

Entonces el Jilguero le dio las gracias al Viento por el favor que le había hecho, y éste regresó a su casa de la Cordillera, llevando de la mano a su hija la Nube, que, sin su permiso, había venido siguiéndole.

Volvió el Jilguero al último patio y, ante todos los amigos reunidos y silenciosos, dijo:

—¡Qué buena es la niña nuestra, y cómo la quiero! Todos hicieron un movimiento de impaciencia, porque aquello no era una novedad para nadie. El Jilguero prosiguió:

—Supe lo que le pasa leyendo su diario. Feo es curiosear en lo ajeno...

—El fin justifica los medios... —y la señora Parra, después de decir esta sentencia, que era muy de su agrado, tomó un aire de suma importancia.

—Lo que pasa —y el Jilguero estiró un ala para imponer silencio— es que Azulina quiere hacerle un regalo al hermanito que en estos días traerá la señora Cigüeña, pero, desgraciadamente, todos los ahorrillos los gastó por Pascua, y no tiene una moneda siquiera para comprar lana, lanita para tejer un abrigoito chiquitín que ella quiere que sea el primero que se ponga el bebé. Y como no quiere tampoco pedirles dinero a los papás, pues por eso está triste.

—¿Y en qué forma podremos ayudarla?—preguntó el Grillo, que seguía en la puerta de su casa.

—Nosotros dinero no tenemos —y el Agua del surtidor, al decir esto, se puso a llorar grandes lagrimones, muy afligida.

Habló entonces una voz tan bajita, que todos tuvieron que contener la respiración para oírla. Era el Pensamiento que levantaba al pie de la señora Parra su carita graciosa e interrogativa. Por lo común no se atrevía a intervenir en las conversaciones de los otros, pero el amor por Azulina le dio valor para opinar.

—Creo que lo mejor, ustedes perdonen, es que

entre todos hagamos algo que sirva a Azulina para regalárselo al hermanito que traerá la señora Cigüeña. Sé que la señora Rata tiene en su bodega mucha lana guardada para el invierno, el Agua podría lavarla y la Araña la hilaría y la tejería.

Todos lo oían pasmados, y hasta la señora Parra olvidó decir alguno de sus refranes y sentencias. Luego, a coro, con gran alboroto, aprobaron el plan del Pensamiento.

El Grillo fue a buscar a la señora Rata, que trajo la lana, y el Agua la lavó, y entre el Jilguero y la señorita Golondrina la tendieron sobre la señora Parra, y el Sol, que desde arriba lo había oído todo y estaba muy alegre, la secó en un momento. Entonces el Rosal dio su perfume para que bien oliera, y la Araña se puso muy afanosa a hilarla y a tejerla después, y el Grillo contó los puntos, y doña Rata volvió de nuevo, trayendo un lacito rosa para que lo pusieran al cuello del abrigoito, y el Pensamiento lo miraba todo muy serio, y contaba amablemente a las consultas que le hacían, porque hasta la señora Parra había abdicado su afán de mando y le preguntaba su opinión sobre toda cosa.

Cuando estuvo terminado el abrigoito, por indicación del Pensamiento, fue el Jilguero en busca



de la Lora, que vivía en el primer patio, y ésta fue encargada de llevar el tejido hasta la habitación de Azulina y decirle un pequeño discurso de ofrecimiento. Por cierto que la Lora quedó encantada con el encargo, porque ya se sabe que siempre está con ganas de hablar.

Cuando Azulina llegó esa tarde a su habitación, encontró sobre el escritorio el abriguito muy bien doblado, y a la Lora, que, muy solemne, le espetó este discurso:

—Azulina: todos tus amigos sabíamos que estabas muy apenada porque no tenías nada que regalarle al hermanito que traerá la señora Cigüeña. Entonces...

...doña Rata la lana nos dio...

...que fina y alegre el Agua lavó...

...el Jilguero la lana tendió...

...y bien la Parra la sujetó...

...El bello Rosal la perfumó...

...Y el Sol, contento, nos la secó...

...Luego la Araña hiló y tejió...

...puntos que el Grillo todos contó...

...y la Lora que te la entrega, ésa soy yo...

(Todo esto lo dijo la Lora como si recitara una poesía con hartos sonnetes.)

Y terminó diciendo, ya sin recitar:

—Es un abriguito.

Y Azulina volvió a reír, para contento del Agua, y a sentarse a la sombra de la vieja señora Parra, y a cantar para que el Jilguero aprendiera sus tonadas, mientras el Pensamiento la miraba amorosamente, alzando su carita graciosa, y el Grillo continuaba asomado a la puerta diminuta de su casa.

## EPÍLOGO

### MARTA BRUNET Y SUS OBRAS

Nada puede alegrarnos más que epílogar esta obra, por la posibilidad que nos brinda de destacar la maestría de esta escritora y mostrar algunos aspectos de su vida, de su producción literaria y, en particular, de los relatos que incluye esta edición.

Es frecuente encontrar en los textos de lectura algunos de los relatos de Marta Brunet. Sin embargo, la totalidad de su obra es poco conocida y su difusión escasa.

¿Datos de su vida? Bástenos decir que es el gran descubrimiento de Alone, quien la estimula en su revelación como notable prosista y quien, como crítico, junto con apoyarla, sigue muy de cerca toda su trayectoria literaria, periodística y diplomática. El propio Alone señala este hecho cuando, en su Prólogo a la edición de las *Obras Completas* de la autora —publicada en 1963 por Zig-Zag—, nos dice: "...porque un tiempo fuimos algo así como técnicos en Marta Brunet, y, cuando alguien necesitaba dar noticias tuyas, se nos exigía suministrarlas".

Recurrimos hoy también a su conocimiento de la escritora, de la mujer que tuvo la virtud de divulgar los valores fundamentales de nuestra cultura en Argentina, Uruguay y Brasil, en su calidad de Cónsul o Agregado Cultural en la Embajada de Chile.

### SUS OBRAS

Marta Brunet nace al mundo literario chileno en 1923 con su novela *Montaña adentro*, que hace decir a Alone: "Eso se llamaba escribir, esas eran las historias que debían contarse, en esa prosa, con ese brío, sin desperdicio: los



paisajes breves y visibles, los personajes robustos, las escenas parlantes, fuertes los colores, continuado y seguro el movimiento, la sensación de vida omnipresente”.

Pedro Prado da también su aprobación a esta escritora, según testimonio de Alone, y ambos se admiran de su lenguaje “castizo, riguroso, firme y de una propiedad sin defecto”.

*Montaña adentro* fue recibida con alegría por un público que, sin duda, sabía disfrutar de la buena lectura y se daba el tiempo para leer. ¡Cuánto hemos perdido en este mundo agitado por las comunicaciones y en el que, en definitiva, no logramos comunicarnos!

Estimulada por el público y la crítica elogiosa, no tardaron en salir a luz *Bestia dañina* (novela) y *Don Florisondo* (cuentos), ambas en 1926; *Reloj del sol* (1930), *Cuentos para Marisol* (1934), *Aguas abajo* (cuentos, 1943), *Humo hacia el Sur* (novela, 1946), *Raíz del sueño* (cuentos, 1949) y *María Nadie* (novela, 1957), entre otras obras.

Su labor literaria fue reconocida en esos años y, por ella, recibió diversos premios: en 1929, el Primer Premio en el concurso de cuentos organizado por el diario *El Mercurio*, de Santiago, con *Tierra bravía*, en 1933, el Premio de Novela, entregado por la Sociedad de Escritores de Chile; en 1943, con *Aguas abajo*, el Premio Atenea, que se otorga a la mejor obra de creación aparecida en el año, y en 1961, como máximo galardón el Premio Nacional de Literatura.

#### PERSONAJES ANTE TODO HUMANOS

Marta Brunet murió en 1967 y, aunque ya no podemos premiarla, sí podemos y debemos rescatar su obra del pasado y recrearla desde nuestro presente. ¿Cómo? Simplemente leyéndola, gozándola, pues, si bien es cierto que la literatura es expresión de un hombre en un tiempo dado, justamente por ser humana, es válida para los hombres de

otros tiempos en la medida en que pueda ser asumida en su universalidad.

Este factor humano universal aparece expresado, en forma elocuente, a través de los distintos personajes femeninos que animan el mundo de la narrativa breve de Marta Brunet: niñas adolescentes como Francina, que, sin darse cuenta, despiertan un día al amor; viejas criadas, dominantes y fieles; mujeres casadas que luchan por defender su derecho a desarrollar su ser espiritual en un medio caracterizado por la vulgaridad; mujeres instintivas que se amalgaman e identifican con su entorno natural...

#### CUENTOS PARA MARISOL

La obra narrativa que nos ocupa está dirigida a los niños y presenta, por cierto, una realidad diferente a la señalada anteriormente, lo que pone de manifiesto la extraordinaria versatilidad de su autora. En la presente edición se reúnen, bajo un mismo título general, dos colecciones de cuentos. *Cuentos para Marisol* y *Las historias de mamá Tolita*.

De los diecinueve relatos, sólo dos escapan a la tónica general de una realidad conformada por animales: *Una historia que pasó no más*, que muestra la actitud despectiva de un grupo de niños ante otro que proclama con orgullo su diferencia con ellos porque tiene “el pelo rubio como un canastillo de oro” y que, por su ingenua petulancia, se hace merecedor de sus burlas; y *La flor del cobre*, que presenta de manera muy formativa, pero sin caer en consideraciones de orden moral, los beneficios de las actitudes positivas, como la de trabajar en lugar de vivir preocupado de los “achaques”, como don Quejumbre-No-Hace-Nada.

Las otras diecisiete historias nos introducen en el mundo mágico de ratones, sapos, conejos, gatos, perros, corderos, cóndores, lobos y otros animales, pero ¡atención! Nos en-



contramos ante seres que viven en un mundo real. Nada de palacios encantados, ni varitas de virtud... Los ratones viven en las cuevas de las grandes casas y pasan hambre cuando sus dueños se van de veraneo, por lo que deben aprender a economizar para que no les falte el sustento. El conejito goloso siempre roba a Mamá Coneja alguna golosina —una rica zanahoria o betarraga—, y el perro y el gato se pelean porque ninguno quiere cargar con “las Señoras Pulgas”.

A través de todos estos relatos, Marta Brunet se aproxima al género fabulístico, pero sin cargar el acento en una moraleja específica, sino más bien, y con criterio genuinamente pedagógico, enfrentando al niño al mundo que lo rodea; un mundo en el que tienen cabida por igual los defectos y las virtudes, y estos tanto en relación con los adultos como con los niños, con la tácita intención de adaptarlo a su realidad, dándole sutilmente elementos de juicio que le permitan intuir el mundo de los valores.

#### AMENIDAD, GRACIA, POESÍA... Y REALISMO

La manera con que en *Cuentos para Marisol* se presenta a los personajes resulta extraordinariamente amena: “... las señoras Cachañas son muy amigas de la sociedad y del co-madreo y a los señores Pídenes les encantan los corrillos”; don Chuncho, con quien quería juntarse, “terminó por irse todas las noches a un alto roble que dominaba la montaña entera, quedándose allí, melancólicamente, muy correcto en su chaqué”, o la Sapa-Vieja, “allegada a la casa de su sobrino casado y con muchos hijos...”, que se oponía a que los Sapos-Guainas jugaran, conversaran o dieran saltos mortales, por temor a que se ensuciaran sus trajecitos verdes.

Junto a la gracia, encontramos a menudo el tono poético, como cuando dice: “Estas señoritas Luciérnagas son

ballarinas de oficio y están siempre dando representaciones nocturnas al aire libre, vestidas con corceletes de azabache y luciendo sus lindos ojos de luz celeste”; o, en “Historia del Sapete que se enamoró del sol”, cuando el protagonista “se pasaba la vida mirando para arriba, para la boca del pozo, allí donde el cielo ponía una moneda de plata azul o de oro rubio, o por donde echaba la lluvia sus largos hilos de agua”.

Los relatos ofrecen una situación de comunicación que se caracteriza por un estilo coloquial, en el que el hablante se muestra con un objetivo muy definido: captar la atención del oyente, representado como un niño y, en ocasiones, como Marisol. Expresiones como: “Y sabes ahora, Marisol de mi alma”, “Pero tú y yo le llamaremos don Gato-Glotón”: “... con esos ojos de luz celeste que ya te dije que ellas tienen” y “Pero ya te dije que Mamá-Condorina era muy mandona” se multiplican y ponen de manifiesto la incorporación de un lector-niño, al que, a través de ellas, se mantiene permanentemente interesado en el relato, en el que más que la historia es su destinatario el centro del interés. Por esto, el lenguaje, además de insistir reiteradamente en la apelación, conlleva siempre una connotación de carácter afectivo.

Otro aspecto interesante de este lenguaje-invitación es su capacidad para ir dibujando y coloreando en la imaginación del niño, y, por supuesto, también en la del adulto, los pequeños cuadros que se suceden en certeras pinceladas hasta completar la acción. De este modo, el niño accede y se identifica con la historia narrada a través de una percepción que es, a la vez, mental y visual.

También se destaca, como un rasgo novedoso, el recurso de condensación que se utiliza en la denominación de los personajes. En todos los casos, el nombre propio de éstos, involucra, por adición de modificativos al núcleo o por el uso de oraciones completas, una caracterización que sintetiza la característica más relevante de cada uno de ellos. Además de los ejemplos ya citados, podrían agregarse otros



como "El Conejito-Más-Chiquitito", "Gato-Sin-Nombre" y "Rata-Sabia-Yerbatera", entre otros.

La expresión "Resultado que", con que se inicia el discurso en casi todos los relatos —y que se repite a lo largo de él con características de resumen o de síntesis de lo expresado—, fija, desde el primer momento, la concreción de una situación que se entrega como realmente vivida por algún personaje y vivenciada por el narrador y el destinatario. En "Gazapito quiere comer torta", el pequeño conejo ve en el pozo una torta blanca y da un brinco para atraparla. "Y resulta que como el hoyo era mucho más profundo que lo que imaginara, ese ¡Brrr! que tú ves, lo dio Gazapito de susto. Pero lo lamentable fue que al hacer ¡Zás!, se percató de que con la impresión le había pasado algo terrible, que no se puede contar, pero que lo obligaba a levantarse en la punta de las patitas para no mojar la bata de piel blanca que llevaba puesta".

En lo relativo a la ambientación, las acciones transcurren, por lo general, en el campo, y tanto las descripciones como los diálogos de los personajes se adecúan a ese nivel de realidad. Así, en "Tercera historia de perros y gatos" que el narrador anuncia como "Este es el cuento chileno de por qué el Gato y el Perro se tienen odio", realiza una descripción del espacio que sirve de escenario a la acción —el Paraíso— "como un fundo grande bien bonito" en el que Adán y Eva paseaban por "unas lomitas que rodeaban el pueblo". En "La flor del cobre", María Soplillo, la protagonista, dice a su marido, don Quejumbre-No-Hace-Nada: "Pero, según ijo usted ayer, la Misiá le recomendó que sembrara toítas las semillas".

#### PARA LEER Y CONTAR

Excediendo el ámbito puramente literario y apuntando ya a sus valores pedagógicos, estos relatos son un interesante material para los niños que se inician en la lectura. Pero,

para una más eficaz motivación de esta actividad, deberían ser leídos a los niños por los mayores e, incluso, contados a los más pequeños, siguiendo las recomendaciones metodológicas que la propia autora diera en la conferencia "El mundo mágico del niño", dictada en el Encuentro de Escritores, organizado en Chillán, en 1958, por la Universidad de Chile... "es conveniente que la narradora esté en posesión plena de sus medios físicos, desarrollados mediante una técnica adecuada de respiración y fonética e, incluso, de impostación de la voz. Deberá saber modular oportunamente, enriqueciéndola de matices que se adaptan a las situaciones alternativamente dramáticas o cómicas de lo que está refiriendo. Será capaz de intercalar una pequeña canción si viene al caso, y utilizará debidamente las onomatopeyas y las rimas, a las que son tan sensibles los niños, por cuanto facilitan su fijación en la memoria. Deberá la maestra haber memorizado previamente el relato y no mostrar durante el transcurso del mismo el menor titubeo, que no le será perdonado por su auditorio, tan inocente como implacable...".

En Marta Brunet no sólo advertimos el genio creador y la aguda penetración psicológica, sino también la iluminadora conciencia de la maestra y de madre por ser capaz de amar al niño, lograr ponerse en su lugar, mirar desde su perspectiva la realidad y comunicarse plenamente con él.

La literatura es una fuente inagotable de vida, de creación y de recreación permanente; y es necesario que llegue con esta sencillez, con ese encanto de las cosas simples a los niños y ¿por qué no? a los que ya no lo somos, pero, que en nuestra condición de padres o maestros, tratamos de acceder al mundo del niño para ayudarlo en su descubrimiento, caminando junto a él.

Personalmente, estos cuentos de Marta Brunet me han recreado días de la infancia. Lugar: Monte Grande. Personaje: la tía Adela, vieja, requetevieja, igual entonces y ahora. Manos

que atraían nuestras miradas, tratando de seguir los surcos de su piel, bifurcados una y mil veces; color tabaco toda ella, como el pitillo que liaba y "pitaba", atrapando en el humo las historias que llenaron nuestra fantasía. Cobraba vida en sus cuentos la naturaleza toda y ella era un elemento más en medio de aquélla. En cucullas... ¡Qué sorpresa nos llevamos cuando descubrimos que no usaba un piso como los nuestros!

El encanto de entonces, aparentemente roto con el paso del tiempo, resurgió con toda su potencia al leer estos *Cuentos para Marisol*. Por ello, quiero invitar a todos ustedes, grandes y pequeños, a que vivan la motivadora experiencia de su lectura.

*Jimena Sepúlveda Brito*  
Universidad Metropolitana  
de Ciencias de la Educación.